

*(Jornadas Bíblicas. Chieti 20-23 marzo 2003)*

## LOS PERSONAJES ANONIMOS DEL EVANGELIO DE MARCOS

**Primer encuentro**

**Marcos 1, 21-28**

En estos tres encuentros vespertinos que ahora comenzamos, nos disponemos a sugerir una propuesta de lectura del evangelio de Marcos, una entre las muchas posibles. El evangelio de Marcos es el más antiguo de todos, pero al mismo tiempo es de algún modo la "cenicienta" de los Evangelios, el menos valorado. De hecho, está considerado un escrito tosco y escasamente refinado. Por si fuera poco, se aprecian en su interior determinadas asperezas que la Iglesia posteriormente fue limando, tal vez porque le resultaba inconveniente el relieve que podían ir adquiriendo tales aristas.

¿Existen indicios que nos permitan afirmar con seguridad que este Evangelio es el más antiguo?. La certeza al respecto proviene sobre todo del final bastante brusco que el mismo presenta. Marcos acaba con el anuncio de la resurrección de Jesús, faltando, sin embargo, la narración de las apariciones de Cristo resucitado. El texto original griego concluye en el capítulo 16, versículos 7 y 8, donde dice: "Id d al d ya P E o p e G Alí l v c o h d ", y por último: "Y e s s a d s p es s Y n d n a n p es ". Con estas palabras termina el Evangelio, sin otros adornos ni embellecimientos, de una forma, pues, bastante tosca y austera. Este brusco final no podía dejar de resultarle embarazoso a la Iglesia primitiva, tanto que en el siglo II a los diversos manuscritos les fueron añadidas hasta tres redacciones distintas del párrafo final. Todas ellas pretendían aportar una conclusión menos ardua de digerir. Finalmente, se impuso la versión que en general encontramos hoy presente en nuestras ediciones.

Por tanto, el Evangelio de Marcos es el más antiguo, fue escrito cuando apenas habían sucedido los acontecimientos narrados. Tal vez por esa razón es un Evangelio que conserva en estado puro, más que los otros, la fuerza demoledora de la novedad traída por Jesús, novedad que todo transforma, energía potente que espero podremos experimentar a lo largo de estos encuentros. En el proceso de consolidación de su propia estructura, la Iglesia censuró después ciertas expresiones contenidas en el mismo. Por ejemplo, solo en este evangelio se dice que Jesús declara falso cuanto está escrito en el libro del Levítico. En el mismo encontramos numerosos capítulos que tratan de los alimentos que está permitido comer, o sea, puros, y los alimentos que está prohibido comer. En Marcos, el evangelista escribe que Jesús declara puros todos los alimentos: así pues, si todos los alimentos son declarados puros, se sigue que en el Levítico la palabra de Dios dice algo equivocado, si no queremos decir falso.

Por otro lado, solo el evangelio de Marcos recoge algunas expresiones desconcertantes, que fueron causa de escándalo para la iglesia primitiva, como por ejemplo, cuando, convencidos de que ha perdido la cabeza, la madre de Jesús y todo el clan familiar van a hacerse cargo de él para quitarlo de la circulación. La madre y los parientes creen que Jesús sea un loco al que hay que tener bajo control porque representa un peligro tanto para sí mismo como para su familia. Los otros evangelios dulcifican o eliminan estas expresiones.

En estos tres encuentros, en un tiempo ciertamente limitado, intentaremos saborear un poco el impacto que produce la novedad transformadora del evangelio de Marcos. Hemos elegido como argumento central el análisis de los personajes anónimos, porque todo personaje presentado sin nombre en los evangelios es emblemático. O sea, su presencia indica que las narraciones de los diversos episodios, más allá de la dimensión histórica que sirve de trasfondo a los mismos, están construidas de manera tal que todos cuantos los leen se puedan sentir reflejados e interpelados en primera persona.

Veremos solo algunos ejemplos, naturalmente no todos, de personajes cuya vida se dió de bruces con la novedad extraordinaria de Jesús. Sin embargo, antes de comenzar el estudio de los personajes anónimos, veamos un momento cuál es la línea teológica, o sea, el hilo que sigue el evangelista. Lo hacemos examinando un solo versículo, un versículo que posee la suficiente fuerza demoledora como para minar la institución religiosa en sus fundamentos. Leyendo el evangelio de Marcos –lo comprobamos ya desde los primeros instantes- no nos sorprenderá que Jesús acabara siendo asesinado, sorprendente resulta más bien que consiguiera resistir tanto tiempo. Jesús pudo sobrevivir a base de ponerse a la fuga con bastante frecuencia.

Desde el inicio de este evangelio –estamos en el capítulo tercero- Jesús es declarado persona peligrosa, un enemigo de cuidado que es necesario eliminar. Bien, en relación a este argumento existe un versículo del capítulo décimo en el cual el evangelista parece concentrar el alcance singular del mensaje de Jesús, mensaje que cuando es acogido, puede cambiar radicalmente la vida del creyente en su relación con Dios y, en consecuencia, con las demás personas. En 10,45 el evangelista pone en boca de Jesús estas palabras: “ *H i d H n h v a s s s a s* ”. Este versículo es importantísimo. Hoy intentaremos desmenuzar bien su contenido, pues está expresado en un lenguaje extraño a nuestra cultura, con términos como “El Hijo del Hombre”, “rescate”, que necesitan una explicación.

Veamos, ante todo, ¿por qué Jesús y solo Jesús usa esta fórmula “*e/ h i d h*” cuando habla de sí mismo? Es significativo constatar que, a pesar de que Jesús se siente a gusto con ella, sin embargo, nunca la utilizan los evangelistas ni tampoco es puesta en boca de la gente. Resulta muy importante explicar esta fórmula, usada por Marcos en primer lugar, para la comprensión del Evangelio y del alcance profundo del mensaje que Jesús propone. El evangelista, en realidad, está aludiendo a una expresión contenida en el libro del profeta Daniel, cuyo contenido, no obstante, cambia sin contemplaciones.

Un momento clave de la existencia de Jesús lo constituye el episodio del bautismo. Podemos preguntarnos por qué Jesús se dirige al río Jordán para ser bautizado. Sabemos que el bautismo suponía una inmersión en el agua

como símbolo de muerte al propio pasado. Por tanto, para las personas, bautizarse quería decir algo así como: “*m a c a h y s d a g r a u v n*”. Y así hacían, confesando sus pecados a fin de obtener el perdón por un pasado injusto. También Jesús se dispone a ser bautizado, pero existe una diferencia fundamental: en su caso no se trata de arrepentirse para morir a un pasado de injusticia. Con su inmersión en el agua acepta morir, ciertamente, pero es una muerte orientada no al pasado, sino hacia el futuro. Jesús, con el bautismo, se compromete a ser fiel a Dios, al Padre, hasta el punto de morir, hasta entregar su vida. He aquí por qué en el evangelio de Marcos Jesús hablará de su muerte en términos bautismales: dirá, de hecho, que hay un bautismo que él debe recibir. Para Jesús, pues, el bautismo no significa morir al pasado, sino tomar una decisión que le supondrá tener que afrontar una muerte violenta. El, con el bautismo, se compromete a llevar al máximo de las posibilidades humanas la capacidad de vivir un amor dirigido hacia todos. Esta es la primera característica.

Iremos viendo poco a poco cómo en este evangelio aparecen indicaciones preciosas que, si las acogemos con sencillez, pueden transformar desde la raíz nuestra relación con Dios y con los demás. En el momento en que Jesús sale del agua, el Padre, contemplando la imagen de un hombre capaz de dilatar al máximo su capacidad de amar, se siente irresistiblemente atraído y se vuelca hacia él, donándole a su vez toda su capacidad de amor, es decir, el Espíritu. Jesús sale del agua y el Espíritu desciende sobre él: “el Espíritu”, con el artículo determinado, significa todo el Espíritu de Dios. Que significa el Espíritu de Dios? El Espíritu equivale a la fuerza, el hálito vital; todo aquello que Dios es, es el Dios de Jesús; y éste será el rasgo característico fundamental que el evangelista anticipa ya en el título de este evangelio: es decir, no estamos ante un Dios bueno, sino ante un Dios exclusivamente bueno, un Dios que desea y busca comunicarse a los hombres. Allí donde Dios descubre rasgos de vida semejantes a su amor, se siente irresistiblemente atraído, y concede su misma capacidad de amar. Desde el momento que Jesús emerge de las aguas del río Jordán, desciende el Espíritu sobre él; esto es, Jesús, desarrollando al máximo la potencialidad humana de amar, recibe también la vida de Dios y desde este momento Jesús es el hombre-Dios, el hombre que se comporta en la tierra como Dios, y, a base de desarrollar al máximo la condición humana y su capacidad de amar, alcanza la condición divina. Esta experiencia viene formulada a través de la expresión “*e H i d H*”, que no hace referencia exclusivamente a Jesús, sino que supone una posibilidad abierta para todos, porque la misión de Jesús no es otra que bautizar en Espíritu Santo. Jesús está dispuesto a comunicar el Espíritu que ha recibido a cuantos lo deseen acoger. Por tanto, del mismo modo que Dios se sintió irresistiblemente atraído por la cualidad del amor de Jesús, éste a su vez se siente irresistiblemente atraído allí donde descubre un amor que asemeja al suyo, donde encuentra una vida que se pone al servicio de los otros, y comunica su misma capacidad de amor. En consecuencia, ser “*e H i d h*” es decir, tener la condición divina, no es una prerrogativa celosa y exclusiva de Jesús, sino una oportunidad que a todos es concedida. Desde este momento, se manifiesta plenamente en Jesús quién es Dios.

“Dios” es, en realidad, una palabra en la que confluyen todos los miedos de los hombres, sus angustias y frustraciones: el Dios de la religión es

en verdad una mezcla confusa de temor, de poder, de ambición. ¿Cuál es el Dios verdadero?. El Dios verdadero es solamente aquel que se manifestará en las acciones y en las enseñanzas de Jesús. El, que es Dios, dice que: “*e h i d h n h v a s s s a s*”. Con esta simple afirmación desenraiza totalmente todo cuanto suponía la práctica de la religión.

¿Quién es Jesús?. No es un profeta. El profeta es un hombre que dilata al máximo la propia experiencia de Dios, su experiencia religiosa, formulándola en manera nueva. Lo hace de un modo que normalmente no es acogido ni entendido inmediatamente, sino solo después. El profeta es aquél que lleva a las últimas consecuencias su experiencia de lo sagrado y de la religión. Jesús, en cambio, no es un profeta, no se sitúa en línea con los padres, sino con el Padre: es el hombre que, habiendo experimentado plenamente la paternidad de Dios, actúa como Dios; en vez de insertarse en las estructuras de la religión y del mundo de lo sagrado, opta más bien por salir fuera de las mismas. Y no solo se aleja de ellas, sino que su acción -por eso no causa extrañeza su muerte violenta- consiste en desenraizar la religión y mostrar la podredumbre de sus raíces. La religión, ese mundo cuya finalidad no era otra que conducir el hombre a la comunión con Dios, se había convertido, en cambio, en el obstáculo que la impedía. Acerca de la religión, Jesús advierte: ¡cuidado!, porque no solo no favorece la unión con Dios, sino que la entorpece y la hace imposible. Es fácil comprender, pues, el motivo de la muerte violenta que sufrió.

Explico la terminología. Con “religión” se entiende todo aquello que el hombre debe hacer en relación con Dios, es decir, oraciones, sacrificios, expiaciones. El Dios de la religión era un Dios tremendamente egoísta: un Dios que crea la humanidad para ser servido. Jesús declara que esta imagen de Dios es falsa: Dios no solicita ser servido por los hombres, porque no tiene necesidad de nada, sino que es El quien desea comunicarse a los hombres donándolo todo.

Entonces, mientras que la religión consiste en todo aquello que los hombres deben hacer por Dios, con Jesús, en cambio, se hablará ahora de fe. La fe consiste en la acogida de aquello que Dios hace para los hombres y la propia respuesta a su amor. Responder a su amor quiere decir dirigir ahora hacia los otros el mismo amor que se ha recibido. Hemos dicho que Jesús no se mueve en el ámbito de lo sagrado, rompe más bien con el mismo; no se mueve en el ámbito de la religión, ha venido para mostrar la podredumbre de sus raíces donando su vida -escribe el evangelista- “*e r p m*”. Es importante saber qué significa el término “rescate”. El rescate era una institución jurídica según la cual, cuando un pariente quedaba en esclavitud bien por deudas contraídas o bien como consecuencia de un saqueo, el familiar más directo tenía la obligación de pagar el precio exigido para su liberación, el precio del rescate. Entonces “*J h v a d a s v* -escribe el evangelista- *e r*”, es decir, para la liberación de muchos.

Ahora bien, ¿de qué libera Jesús a los hombres?. Se ha intentado -debido a una inadecuada comprensión de la cultura hebrea, contexto histórico del evangelista- espiritualizar el significado de “rescate”. ¿De qué nos ha liberado Jesús?. Nos ha liberado del pecado. Pero si preguntamos, ¿qué quiere eso decir?, ¿significa que no pecamos ya más?, obviamente la

respuesta es que no. Entonces, ¿de qué nos ha liberado el Señor?. Si pensamos que nos ha liberado del pecado, pero constatamos que seguimos pecando, se llega a la conclusión de que esta liberación ha sido en balde. ¿Por qué ha venido Jesús a pagar el precio del rescate?. Donando su vida, ¿de qué nos ha liberado?. Nos ha liberado de la ley, la gran ausente del evangelio de Marcos. Es sorprendente que el término "ley" en el evangelio de Marcos no aparezca nunca.

Por ley se entienden los cinco primeros libros de la Biblia, agrupados bajo el nombre de Pentateuco, desde el libro del Génesis al libro del Deuteronomio. De estos libros, que regulaban la relación del hombre con Dios, se pensaba que habían sido escritos por Moisés. La ley estaba considerada como un don de Dios a la humanidad. Ahora bien, aquello que debía regular la relación del hombre con Dios, la ley, en el evangelio de Marcos brilla por su ausencia. ¡Qué paradoja!. Marcos es el único evangelio donde no se encuentra la palabra ley. ¿Por qué? Porque Jesús vino para liberar a los hombres de una relación con Dios basada en la ley. Esto es lo que impedía la comunión con Dios. Si el hombre se relaciona con Dios observando la ley, no llegará nunca a comprender la grandeza de su amor, porque es una ley creada por sacerdotes y escribas para el propio uso y consumo. En el profeta Jeremías, el Señor reprende a los escribas, a los teólogos, porque se les llena la boca con las palabras de la ley, que ellos manipulan y convierten en impostora para sus propios intereses.

Jesús ha venido para liberar a los hombres de la ley. El apóstol Pablo, de un modo particular en la carta a los Gálatas, formula esta certeza con gran nitidez: "P a l l p d l t e D a s h i n d m n b l L e y p r a l q s h " (Gal 4,4-5). Para hacernos cargo del alcance de estas afirmaciones, es necesario penetrar en el transcurso de la cultura de la época, en la que la palabra misma de la Ley era sagrada, pues se consideraba el don Dios a la humanidad por excelencia: la Ley comprendía los mandamientos, los preceptos. Bien, Pablo llega a escribir que "C n h r d l m d l l ". Pablo piensa y expresa en términos de maldición aquello que todos consideraban una bendición. Jesús se convierte en maldición para nosotros, como está escrito: " a q e c o e u m ". Jesús es doblemente maldito por no haber respetado la ley y por haber acabado colgado en la cruz.

Cuando los sumos sacerdotes y los escribas se confabulan para eliminar a Jesús, se encuentran ante diversas alternativas. Según la legislación judía podía ser lapidado, según el derecho romano podía ser decapitado. Y, sin embargo, eligen la cruz, porque no era suficiente para ellos aniquilar a Jesús, deseaban difamarlo de un modo tal que la gente comprendiera que la suya no era la muerte de un Mesías, del hijo de Dios. Jesús fue condenado a la tortura de la cruz, porque es la única muerte que en la Biblia, en la Ley, está reservada para los maldecidos de Dios: "...p u c o e u m d D " (Dt 21,23), como sentencia el libro del Deuteronomio. En otras palabras, ¿cómo habéis podido creer que Jesús era el Mesías? ¡Mirad que fin tan ignominioso ha tenido!. Ha muerto en la cruz; una muerte que demuestra que no era el Mesías". ¡El Mesías enviado por Dios no podía morir!. Aun hoy la negativa de los judíos a reconocer en Jesús al Mesías depende del hecho que murió de forma miserable. Esa muerte es para ellos la prueba irrefutable de que no podía tratarse del Mesías. "¿Pero cómo habéis podido creer que Jesús era el Mesías? ¡Mirad cómo ha acabado!. Ha muerto

como los malditos de Dios. Palabra de Dios. A menos que os atreváis a insinuar que la Palabra de Dios se equivoca". Pero quien osaba blasfemar de ese modo, era condenado a muerte de inmediato. Por tanto, Jesús acepta convertirse en maldición (doblemente maldito) para liberar a los hombres de una relación con Dios basada en la ley.

¿Qué entendemos por relación con Dios basada en la ley?. Significa que existe una ley externa al hombre, un código de comportamiento que, porque fue establecido hace siglos o milenios, bajo condiciones sociales, ambientales, culturales muy diferentes a las de hoy, no puede conocer adecuadamente la realidad de las personas. Pero, a los ojos de la institución religiosa, tal desfase cuenta poco: la observancia de la ley es más importante que el bienestar y que la propia felicidad. No importa el sufrimiento derivado de la observancia ciega de la ley: independientemente del estado de ánimo de la persona y de sus circunstancias particulares, la integridad de ésta cuenta más. En conclusión, la ley impedía la plenitud vital de las personas, y además, por si no bastara, el Dios que venía presentado en la misma era del todo inaccesible. El hombre, por mucho que se esforzara por estar "en gracia de Dios" (según la terminología católica del pasado) no lo conseguía casi nunca, porque bastaba poco para caer de nuevo en pecado. Todos hemos sido de algún modo influenciados por este tipo de mentalidad, especialmente vigente antes del Concilio. Por mucho que uno se esforzara por estar en gracia de Dios, si te pasaba por la mente la idea de estarlo efectivamente, esto ya era pecado de orgullo, por lo que había que empezar de nuevo. La ley presenta un Dios inaccesible, imposible de alcanzar a base de esfuerzo humano. De hecho, existe siempre un límite en la dedicación que puede poner el hombre. Jesús ha venido para eliminar la ley. La relación con Dios no dependerá ya más - y ésta es precisamente la Buena noticia- de los esfuerzos del hombre. Antes, el hombre se veía obligado a hacerse merecedor del amor de la divinidad, desde ahora le viene concedido gratuita e incondicionalmente a todos.

Es ésta la buena noticia que la gente esperaba. Dios no te ama por tus méritos, sino por tus necesidades. Dios no ama al hombre porque lo merece, sino porque el hombre tiene necesidad de este amor. Cuanto mayor es la necesidad del hombre, más eficaz será este amor en su vida. Si Jesús fue rechazado, desdeñado y asesinado por personas pías, devotas, religiosas, será acogido en cambio -y esta acogida realmente hará prodigios- por personas que vivían distantes del mundo de la religión: pecadores, no creyentes, enfermos, y esto porque el amor de Dios funciona según el criterio de la necesidad de la persona. Una persona que no tiene necesidad del mismo, porque se siente en paz al haber recitado las oraciones y por haber cumplido los propios deberes -como el fariseo en la parábola de Lucas- hace inútil la plenitud del amor de Dios que se le quiere comunicar. Cuanto mayor es el pecado y la necesidad del hombre, con mayor potencia se le manifiesta el amor de Dios. Esta es la buena noticia que trae Jesús: a Dios no se le alcanza a base de acumular méritos por parte del hombre, la perspectiva es otra: se trata de acogerlo como un don gratuito. El amor de Dios no se merece, sino que se acoge.

Decíamos antes que esta imagen de Dios, cuando es comprendida y acogida, puede cambiar nuestro tipo de encuentro con Dios y, en consecuencia, con los demás, porque si no estoy ya obligado a merecerme el

amor de Dios sino que debo solo acogerlo gratuitamente, está claro que el amor hacia los otros no lo pondré en práctica “si se lo merecen”, sino únicamente movido por la convicción de que tienen necesidad del mismo. El amor no depende del mérito, sino de la necesidad. Con esta buena noticia, Jesús nos libera, nos rescata de la maldición de la ley, para consentir una nueva comunión con Dios. De este modo, cuantos lo acogen, llegan a ser hijos de Dios como él, el hombre-Dios, y comienzan a irradiar la energía divina del Espíritu de Dios aquí en la tierra. La intensidad de la presencia y de la acción vivificadora de este Dios en el mundo está condicionada por el desarrollo y por la cualidad del hombre: cuanto más crece el hombre y más atrae el amor de Dios, más se puede irradiar en la humanidad este amor divino.

Veamos ahora el primero de los personajes anónimos que encontramos en el evangelio. Se trata de un episodio auténticamente explosivo, tras el cual la fama de Jesús se propagará por doquier. Hemos visto cuál es la novedad que trae Jesús: un Dios que es amor, un Dios que desea comunicarse, un Dios que no observa los méritos del hombre, sino sus necesidades. Entonces, Jesús empieza a manifestar este amor en sus enseñanzas y en la práctica, pero apenas empieza a hacerlo, he aquí que surge en seguida un primer incidente. Leemos en el evangelio de Marcos 1,21: “F a Caf A l e s á f a l s y s p a e ”. A lo largo de estos tres encuentros iremos viendo cómo cada palabra del Evangelio tiene un significado y una riqueza propia. Jesús elige el sábado, día en que había que rendir culto a Dios obligatoriamente. En los mandamientos, hay un día de la semana, el sábado, en el cual hay que dar culto a Dios. Jesús entra en sábado en la sinagoga. Sin embargo, no lo hace para dar culto. Todas las veces que Jesús entra en la sinagoga o en el templo, nunca es para participar en el culto a Dios, sino para liberar a las personas de una falsa imagen de Dios. El único culto que declara aceptable y grato a Dios no tiene que ver con aquello que el hombre hace para Dios, sino con la acogida del amor de Dios para posteriormente prolongarlo hacia los otros. El único culto que a Dios le agrada es la prolongación de su amor hacia otras personas. Mientras que el culto supone la privación de algo por parte del hombre para darlo a Dios -por tanto, una disminución en los recursos del ser humano- el único culto que Dios requiere es un potenciamiento del hombre: el culto está, pues, en acoger lo que Dios entrega al hombre y en comunicarlo a los otros seres humanos. Así pues, Jesús nunca entra en la sinagoga para participar en el culto, sino siempre para enseñar, y cada vez que lo haga será causa de conflicto: tres veces (el número tres significa aquello que es completo) en el evangelio de Marcos Jesús será presentado en la sinagoga, y las tres veces será ocasión de incidente grave, como veremos seguidamente. La primera vez, Jesús viene interrumpido de forma brutal, la segunda vez, transgrede el mandamiento del sábado y en seguida las autoridades deciden acabar con él, y en la tercera ocasión, en su patria, llegan incluso a sospechar de él que sea un brujo, y dice el evangelista que Jesús no pudo hacer nada.

“A l e s á e e l s y s p e s -esta expresión es importante- a e Y q p l s e c q t a u y n c l e ” (Mc. 1,21-22). Entre los asistentes a la sinagoga se produce desconcierto y estupor. Comprenden que la enseñanza de Jesús rezuma autoridad (una enseñanza hecha con autoridad indica que está realizada con mandato

divino), no como la de sus escribas. ¿Quiénes son los escribas?. Los escribas son laicos que dedican toda su existencia al estudio de la Sagrada Escritura. A la venerable edad de cuarenta años recibían, por la imposición de las manos, la transmisión del espíritu de Moisés. Desde ese momento, se convertían en el magisterio auténtico, infalible de la palabra de Dios. La palabra del escriba no solo tenía el mismo valor que la palabra de Dios, la superaba en la práctica, porque en el Talmud se lee que si existen discrepancias entre una frase de la Biblia y la sentencia de un escriba, es necesario optar por esta última, o sea, la interpretación del escriba es prioritaria, ya que es el único capaz de interpretar adecuadamente la palabra de Dios. El Talmud sería la codificación escrita de la explicación oral acerca de la ley que Dios había entregado a Moisés en el Sinaí. Los escribas poseían una autoridad, un poder y un honor superiores a los del sumo sacerdote y el rey. Dice el Talmud: cada palabra del escriba es la palabra de Dios viva. Así pues, cuando estos teólogos oficiales enseñaban al pueblo, era Dios mismo quien lo hacía. Bien, llega Jesús e inmediatamente se pone a enseñar y la gente dice: “¡Este sí que viene de Dios!”. Poseer autoridad es precisamente lo que hace de Jesús el Hijo del Hombre. ¿De dónde le viene la autoridad?. Del bautismo, porque desde entonces ha descendido sobre Jesús el Espíritu, es decir, la fuerza y la energía del amor de Dios. En Jesús se manifiesta por primera vez el rostro verdadero y la voluntad verdadera de Dios.

Existe un contraste entre la enseñanza de los escribas y la de Jesús. ¿Qué enseñaban los escribas? En el Talmud estaba contenida su doctrina. Era una enseñanza repetitiva –se repetía cuanto estaba escrito en la Biblia, siguiendo las doctrinas de los distintos rabinos- y consistía en un conjunto de obligaciones cada vez más pesadas. En esa misma medida era cada vez más difícil poder serle gratos a Dios, y para la gente había llegado a ser una carga insoportable. Esta enseñanza prescribía cada aspecto de la existencia de forma minuciosa, impidiendo a las personas estar en comunión con Dios. La enseñanza de los escribas era un auténtico peso –lo llamaban, de hecho, “el yugo”- que era colocado sobre las personas para hacer que caminaran erguidas. Sin embargo, en cuanto llega a sus oídos la enseñanza de Jesús, advierten en sus palabras la autoridad, o sea, el mandato divino. Y ¿cuál es la enseñanza de Jesús?. Exactamente la enseñanza contraria a la que exponían los rabinos.

Hemos dicho al inicio que Jesús presenta no un Dios bueno, sino un Dios exclusivamente bueno: “o h s d q d r es r p e c a d t ”. Bien, el Dios de Jesús no es el Dios de la religión que ama a los buenos y detesta a los malvados, premia a unos y castiga a otros. No es un Dios bueno, sino exclusivamente bueno, un amor que desea comunicarse, amor que va dirigido a toda creatura, independientemente de su conducta. Tratemos de ponernos en la piel de estas personas que se sentían siempre pecadoras e indignas frente a la santidad de Dios. Pero bueno, ¿cómo es posible?. El Dios santísimo, el Dios excelso ¿me ama a mí que soy un pobre pecador y tengo tantos límites?. Dios te ama exactamente así como eres. ¡Es para enloquecer de alegría!. Pero ¿cómo puede ser?, ¿acaso no nos han enseñado que Dios nos castiga?. Dios no premia y tampoco castiga. Dios es amor y únicamente a base de amor se relaciona con los hombres. Pero ¿no nos han dicho que para serle gratos a Dios debemos ofrecerle estos sacrificios?. Dios no quiere ningún sacrificio de parte del hombre. En los evangelios, Jesús retomará la importante declaración que se encuentra en el capítulo sexto del profeta Oseas: “A l q si q m y n s ” (Os



6,6). He aquí la diferencia entre religión y fe. El sacrificio es lo que el hombre debe hacer como ofrenda a Dios, pero Dios no tiene necesidad de nada, y no reclama nada. Misericordia es el amor de Dios comunicado a los hombres y que los hombres deben transmitir a los otros. Es lo único que Dios quiere. Pero ¿no nos han dicho que debemos poner aparte el diezmo de todo lo que poseemos para dárselo a Dios?. No, ésta es la estafa de los sacerdotes que os han hecho creer que Dios tenga necesidad de estas cosas. ¡Todas esas riquezas van a parar a sus bolsillos y estómagos!. Comprenderéis que este mensaje era desconcertante para la gente; se trataba de una imagen de Dios completamente nueva. La enseñanza de Jesús estaba desacreditando la doctrina de los escribas. La gente se siente estafada por el Dios que les ha sido presentado.

Y he aquí que tiene lugar el incidente: “E s s -conviene notar cómo el evangelista toma las distancias: es “su sinagoga”, porque la comunidad cristiana no tiene ya nada que ver con la sinagoga- h u h -supuestamente pio, devoto, ya que se encuentra en la sinagoga- c u e i ” (Mc. 1,23). ¡Menuda sorpresa!. Se mire por donde se mire resulta definitivamente extraño: el único personaje que viene presentado dentro de la sinagoga es un hombre con un espíritu no santo, sino impuro. ¿Qué quiere decir este “espíritu impuro”? Los escribas subrayan esta diferencia entre puro e impuro. Dios pertenece a la esfera de la pureza. Solo quien es ritualmente puro se le puede acercar, quien esta impuro queda alejado a la distancia y no tiene derecho a acercársele. Entonces, hay un espíritu -el espíritu significa fuerza, energía- que cuando proviene de Dios y es acogido por el hombre, es llamado santo. La acción del espíritu es santificar, consagrar, separar al hombre. Cuando el hombre acoge el espíritu, esta fuerza de Dios, queda separado de la esfera del mal y es atraído hacia la esfera del bien, hacia la luz del amor de Dios. Por tanto, la acción de Jesús consistirá en transmitir un espíritu, o sea, la energía que viene de Dios, y cuando el hombre acoge esta energía, se siente atraído hacia el bien, hacia el amor y se aleja de la esfera del mal. Cuando esta energía no procede de Dios, sino de fuerzas antagónicas, el espíritu es llamado impuro, porque cuando el hombre lo ha acogido, queda retenido en una zona oscura donde no llega el rayo del sol de Dios, la luz de Dios. Un hombre poseído por un espíritu impuro es un hombre que voluntariamente ha aceptado una realidad, una energía, una ideología que lo hace totalmente refractario a la acción de Dios. Es interesante que en la sinagoga dirigida por los escribas se halle presente una persona con un espíritu impuro, porque los escribas -que de forma maniaca buscan individuar e imponer leyes rigurosas sobre la pureza- no se dan cuenta de que la impureza está presente precisamente dentro de la sinagoga. A fuerza de ver lo impuro donde no lo hay, no se dan cuenta de que son ellos mismos quienes hacen impuras a las personas. Bastaba, de hecho, una mínima falta para bloquear el camino de la comunión con Dios.

La ley sobre lo puro y lo impuro prescribía que incluso el nacimiento de un niño hacía a la madre impura. Cuando nace un niño, la madre queda impura durante treinta días, cuando es una niña, durante sesenta. ¡Estos son los crímenes inauditos cometidos por la religión!. Sorprendentemente, el nacimiento de un niño -momento en que se puede palpar la grandeza extraordinaria del milagro de la creación- hacía impuras a las personas, la madre era considerada impura. Para una mujer que había dado a luz quedaban cerradas las vías del encuentro con Dios. Y mirad que por

desgracia hemos hecho disparates parecidos también en el catolicismo. Hace años –las señoras más ancianas tal vez lo recordaréis– cuando las mujeres daban a luz, debían recibir una bendición para poder entrar en la iglesia, ya que el parto las había hecho impuras. Esto es una verdadera blasfemia: el parto, o sea, aquello que da la vida, hace impuras a las personas... Con estas indicaciones, podemos comenzar a comprender por qué decimos que la religión no solo no favorece la comunión con Dios, sino que la obstaculiza. Podemos comenzar a hacernos cargo de lo que significa que Jesús ha liberado a las personas de la ley. Lo mismo se puede aplicar a la vida sexual: toda relación conyugal hacia impuros a los esposos, y se pensaba que era Dios quien lo había dicho. Antes del Concilio Vaticano II, aún se enseñaba que los esposos no podían acercarse a la comunión después de haber mantenido relaciones sexuales. La religión había conseguido convertir el sacramento del matrimonio, la unión sagrada y hermosa de los esposos, en algo sucio y execrable.

En la religión hay muchas reglas ridículas, normas absurdas de cuya estupidez se aperciben solo aquéllos que están fuera. La religión de algún modo “entontece” a las personas, haciéndoles perder el sentido común y la distancia crítica. De hecho, nadie en su sano juicio consideraría voluntad de Dios determinadas prácticas absurdas ni pensaría que la comunión con Dios pueda quedar interrumpida por elementos del todo insignificantes. Pongamos algún ejemplo del Antiguo Testamento. Tomemos las enseñanzas del libro del Levítico acerca de los alimentos impuros, alimentos que Jesús, en cambio, declaró que no contaminan al hombre. Pero ¿por cuál motivo se puede pensar que si se come carne de liebre o de cerdo uno queda contaminado –porque la liebre y el cerdo son animales impuros–, mientras que no hay ningún problema en comer grillos o saltamontes?. Es absurdo que la comunión con Dios quede obstruida por cuestiones tan banales. Ninguna persona de sentido común aceptaría un pensamiento de este calibre. En suma, la sexualidad, la alimentación, todo cuanto estaba relacionado con la vida del individuo hacía impuras a las personas.

Bien, tenemos en la sinagoga a una persona poseída por un espíritu impuro. ¿Qué hace Jesús? ¿Recordáis?. El evangelista indica que, apenas entra, se pone en seguida a enseñar. Su enseñanza provoca una explosión de asombro de parte de la gente, y “e h p p u e c a g i q d n ”. Es ésta una expresión extraña. ¿Por qué habla en plural?. Es una persona sola, pero habla en nombre de toda una categoría. “i j d N h v a a c n ”. Pero, ¿con quién está acabando Jesús?. El solo ha entrado en la sinagoga y se ha puesto a enseñar. Pero la gente intuye que esta enseñanza viene de Dios y que con su autoridad desacredita toda la tradición religiosa de Israel. ¿Por qué?. Esta es la grandeza de la Palabra de Dios y la grandeza de las personas. En toda persona existe un deseo de plenitud de vida que la religión ha intentado sofocar y ocultar, pero sin conseguirlo apagar nunca. Aunque este deseo de vida a veces apenas brille como una pequeña llanita, en cuanto siente el mensaje del oxígeno de Jesús, retoma su vigor y estalla su energía vital. ¿Qué es lo que ha pasado?. Esta gente, cuyo espíritu la religión había sofocado, y que no había podido crecer precisamente a causa de la religión, en cuanto escucha el mensaje de Jesús, renace. La enseñanza de Jesús suponía un descrédito para los escribas, sacaba a la luz su inconsistencia. He aquí por qué el hombre reacciona y dice: “h v a d ”.

¿Quién es este hombre, y qué es el espíritu impuro?. Este hombre anónimo representa a las personas que han aceptado de manera acrítica, o sea, sin razonar con la propia cabeza, la doctrina religiosa que les ha sido dada. Son ese tipo de personas que cuando les preguntan su opinión, responden siempre apoyándose en alguna persona a la que reconocen una autoridad, religiosa o política. Son personas que, sin razonar con la propia inteligencia, dan una adhesión ciega a verdades sobre las que construyen su existencia. El personaje del texto, comprendiendo cómo queda desacreditada la enseñanza de los escribas, siente que vacila su fe, porque su fe se basaba en dichas tradiciones asumidas sin más. Y exclama: “Y s q e tú e s”. No está diciendo la verdad, con sus palabras está solo intentando “domesticar” a Jesús a base de colocarlo en el lugar y en la función que le atribuía la tradición. “E s” (el artículo determinado “el” significa alguien que es conocido), era un término de la tradición. “E e M a q d a a l t d r”, estaría diciendo. El Mesías, cuya venida se esperaba como momento propicio para enseñar a la gente a observar la ley, estaba, en cambio, liberando al pueblo de ese yugo. Por eso, este hombre recuerda a Jesús cuál es su misión. Pero Jesús no se deja encorsetar en una imagen ni dentro de las expectativas de la tradición. Su reacción es furibunda: “J l o s cá (literalmente: ponte el bozal)” (Mc 1.25). Jesús ha venido a ponerle el bozal a los escribas y a sus enseñanzas. “Cá s d e s h”. Su Palabra reduce al silencio la enseñanza de los escribas.

Y, a pesar de que durante siglos la gente ha estado sometida a esta enseñanza de los escribas, cuando escucha la palabra de Jesús, no tiene dudas. Entre un Dios conquistado a fuerza de sacrificios, un Dios jamás alcanzado, y un Dios que se debe solo acoger, un Dios de amor, la gente no tiene dudas y siente confirmarse aquello que siempre había pensado, pero que nunca se había atrevido a expresar por miedo del reproche por parte de los escribas. La gente siente que este Dios es un padre solícito hacia todos sus hijos. Por tanto, en el choque entre el hombre poseído por el espíritu impuro y el hombre que posee el espíritu de Dios, es éste último el vencedor. Un triunfador que libera al hombre, pero a través de un proceso que no tiene lugar sin sufrimiento. De hecho, escribe el evangelista: “Y e e i a ...”. “Atormentándolo, desgarrándolo” es un verbo muy fuerte. Por que ¿“atormentándolo”? Tal vez sean muchas las personas que se han visto obligadas a reconocer que la enseñanza religiosa -que habían acogido en buena fe de modo incondicionado- no solo no proviene de Dios, sino que aleja del Señor; no solo no favorece la comunión con Dios, sino que la obstaculiza. Esta admisión supone un profundo quebranto en el individuo, es un desgarramiento doloroso!. “Yo creía en buena fe que observando estas reglas, comportándome de esta manera, recitando estas plegarias, Dios estaría contento. Y ahora descubro lleno de asombro que todo aquello que he venido haciendo no solo era estéril, sino incluso nocivo”. Supone un auténtico desgarramiento que en un determinado momento de la existencia tengamos que reconocer que nos hemos equivocado de dirección a causa de la enseñanza de aquellas personas que considerábamos maestros de la fe, cuando en realidad nos estaban desviando del camino verdadero; no solo no nos ayudaban en el camino que conduce a la comunión con Dios, sino que nos hacían impuros, o sea, obstaculizaban nuestro encuentro con Dios. La persona de la sinagoga es una persona con un espíritu impuro. ¡Es un

desgarro, un tormento!. Y no se trata de un proceso de liberación sencillo, que se realice en un momento. "...y g" (Mc 1,26). Hay un precio que pagar.

He aquí la reacción que sigue: "T es p q s p d ...". El término "nuevo" en griego se puede escribir de dos modos: uno que significa "añadido", el otro -usado por el evangelista- que indica una cualidad que sustituye todo el resto. Una doctrina nueva, la enseñanza de Jesús, que la gente percibe provenir de Dios, porque él es el hombre-Dios, el hombre que se comporta y habla como Dios. De golpe, como por encanto, la enseñanza de Jesús ha anulado todo el resto. La gente, por muy oprimida y sometida que se encuentre, cuando escucha este amor que se comunica limpiamente a través de sus palabras, reacciona. Una enseñanza nueva: la gente reconoce que la enseñanza de Jesús proviene de Dios y es dada con autoridad. Es así, es Jesús quien tiene el mandato divino, no los escribas. Los escribas repetían aquello que conformaba toda una tradición. Jesús se libera de la tradición y en él se manifiesta la voluntad de Dios.

Aquí tenemos ahora la conclusión: "D ó i a l e i !". ¿Por qué habla en plural?. Había allí una sola persona con un espíritu impuro, pero la gente comprende que la palabra de Jesús tendrá el efecto de liberar a las personas de todas aquellas ideologías religiosas y de todas aquellas espiritualidades que impiden la relación con Dios, porque hacen que el hombre se sienta siempre pecador y en culpa y no desarrolle la propia vida afectiva y sexual; lo tienen oprimido haciéndole pensar que Dios tiene celos de la felicidad de los hombres, que es enemigo del placer. Son espiritualidades que no hacen crecer a las personas, sino que las bloquean. Y bien, todo esto queda eliminado con la enseñanza de Jesús. "iO a l e e". La palabra de Jesús obtiene la obediencia de este espíritu impuro.

"Su f s d e s p d e t l r d G" (Mc 1,28). La gente ha comprendido que Dios no se manifiesta en las fórmulas del catecismo impuestas por sus escribas, sino en la actividad liberadora de Jesús. ¿Cuál es la novedad que él trae? No viene a transmitir doctrinas, sino a comunicar experiencias de vida. Su enseñanza no es una más, no transmite una doctrina, sino una percepción vital. La plenitud de vida que había descendido sobre él, la comunicará a todos. A cada persona Jesús permitirá experimentar el amor ilimitado de Dios. "¿A m ¿ D m a a m c t l p i e inf q t ?". Cada persona experimenta un amor inaudito de parte de Dios, y la gente enloquece de alegría. "Su f s d e s p d e t l r d G".

Manana veremos el primer impacto clamoroso que produce el encuentro con Jesús en una persona, considerada maldita de Dios por sus propios pecados, y el estallido de libertad consiguiente. Concluimos aquí este primer encuentro. Ahora tenemos tiempo para responder a vuestras preguntas, a ser posible, breves.

**Me gustaría volver a la frase que dijo usted al principio: "El Hijo del hombre ha venido a dar su vida en rescate por muchos". Me pregunto ¿por qué se habla de "muchos" y no de "todos"?**

“Muchos” en la lengua aramea, hablada por Jesús y luego traspuesta en el texto griego, no tiene nunca el significado de “algunos”. Significa todos. Por tanto, Jesús ha venido en rescate de todos. ¿Por qué entonces –podría preguntarse– se escribe “muchos” en lugar de “todos”? Lo que hace Jesús es una propuesta; la propuesta se hace a todos. Muchos la acogen, pero no todos. Parece sencillo acoger esta liberación de Jesús, pero no es así, porque la propuesta de Jesús hace libre a la persona, la hace crecer, pero no le otorga ninguna seguridad. La sumisión a la religión te priva de la libertad, pero te hace seguro, porque no tienes ya necesidad de pensar, tienes reglas que observar, tienes una autoridad que te dice lo que debes hacer y lo que no. Es más, siempre hay alguien que te dice: “la voluntad de Dios es ésta”. Entonces, la persona renuncia a la libertad pero se siente segura. La propuesta de Jesús te da la libertad, pero no tienes ya ninguna seguridad: eres tú quien debe crecer. Jesús no tiene necesidad de personas infantiles que necesiten siempre un padre a quien dirigirse para saber si se comportan bien o no. Jesús tiene necesidad de personas maduras que caminen con su propio pie.

Hablando del amor de Dios, usted ha insistido en la incondicionalidad de ese amor, que Dios nos ama a pesar de todo, porque tiene necesidad de amarnos; y que, en consecuencia, es oportuno que nos relacionemos con los demás del mismo modo, amándolos no porque lo merezcan, sino porque tienen necesidad de ello. ¿O tal vez porque tenemos necesidad? ¿Debemos sentir la necesidad de amar a los otros?

Sí, obviamente. Esto completa lo que hemos dicho: el amor a los otros no depende de que lo merezcan, sino de sus necesidades. Pero es normal –este concepto lo iremos desarrollando en estos días– que cada uno de nosotros sienta la necesidad de este amor dirigido al otro. La única línea de desarrollo y de crecimiento del individuo, según los evangelios, es el amor, el amor como don para los otros. Para Jesús la única cosa concreta que cuenta es el bien que se hace a los otros. Hay una expresión de Jesús que no aparece en los evangelios, sino en los Hechos de los Apóstoles: “Hay mayor alegría –literalmente ‘es más feliz’– en quien da que en quien recibe”. Así pues, el amor al prójimo no se pone en práctica para hacer que resplandezca nuestra aureola, sino que, según el evangelio de Juan, es una deuda que se le paga al otro. Es lo que Jesús, después del lavatorio de los pies, dice “os he dado un ejemplo para que también vosotros hagáis...” (Jn 13,15). El verbo “deber” en la raíz griega, significa “tener una deuda”. Cuando uno ama al otro, no hace alarde de su santidad, en realidad no hace más que pagar la deuda que tenía respecto al otro.

Quisiera saber si he comprendido bien. El Dios de Jesucristo no es el mismo Dios de la Biblia, del Antiguo Testamento. El del Antiguo Testamento es un Dios celoso, embustero, vengador, irascible; el Dios de Jesucristo no posee ninguna de estas características. Llego así a la conclusión de que, estrictamente hablando, “Sagrada Escritura” haría referencia exclusivamente a los evangelios. ¿Es correcta mi deducción?

Se trata de un tema bien complejo que requeriría una respuesta muy pormenorizada. Lo que tú has puesto sobre la mesa representaba un serio problema para la iglesia primitiva. Había un famoso filósofo romano, Celso, que se mofaba de los cristianos poniéndolos en apuros: “El Dios que ha hablado a Moisés y le ha dicho ciertas cosas, ¿es el mismo que ha hablado a vuestro Jesús?. Y si es así, ¿cómo es que le ha dicho exactamente lo contrario?”. O sea, que el problema que tú planteas lo tenían ya ellos, los primeros cristianos, que se encontraban frente a un Dios que en Jesús afirmaba cosas que eran exactamente lo contrario de lo que se afirmaba en los libros del Antiguo Testamento.

Veamos un poco como se puede resolver la cuestión. Lo que nosotros llamamos Biblia no es el Corán. El Corán es la palabra de Dios que a través del arcángel Gabriel fue dictada palabra por palabra a Mahoma –asi piensan en el Islam-, por tanto cada palabra es sagrada. La Biblia –la palabra es el plural de libros- es una serie de libros escritos en épocas distintas. El problema de nuestras Biblias es que, tratándose de traducciones, lo “aplanan” todo, suprimen las diferencias, por lo que muchas veces no conseguimos comprender las diversidades enormes existentes entre los diversos libros que la componen. Imaginaos, por ejemplo, que tenemos en el mismo libro el primer texto en lengua vulgar de Francisco, la Divina Comedia de Dante y los Esposos Prometidos de Manzoni. Leyendo el libro, nos daríamos cuenta en seguida de los estilos tan diferentes presentes en el mismo, de las mentalidades distintas, etc. La traducción en nuestras lenguas latinas impide que todo esto salga a la luz. La Biblia es una serie de libros en los que el pueblo, a medida que profundiza en su experiencia de Dios, manifiesta su fe de un modo que va superando –libro tras libro- la imagen precedente de Dios. Es un proceso de crecimiento en el conocimiento de Dios. En estos libros, además, se encuentran dos grandes corrientes que están en contradicción la una con la otra. Tenemos el filón nacido en el ambiente sacerdotal de los escribas, donde viene presentado un Dios legislador, severo, que de algún modo limita la vida de los hombres. El otro filón nace en círculos proféticos y presenta un Dios creador amante de la vida. Jesús optará por el Dios de los profetas, el Dios de la creación, dejando a un lado el Dios de la legislación. Esto, para hacer comprender la novedad de Jesús que es un cumplimiento de toda la línea de los profetas.

Entonces, podemos preguntarnos: “Si el Dios de un tiempo aniquilaba a los pecadores y el Dios de hoy los perdona, ¿qué sucede, es que Dios ha cambiado de mentalidad?”. No, la humanidad, a medida que crecía, iba comprendiendo cada vez más el rostro de Dios. Pongamos ejemplos. Todos conocemos el episodio del diluvio universal. Si uno lo lee, Dios no queda demasiado bien precisamente: extermina a toda la humanidad, y después, viene a decir “me arrepiento, ya no lo haré más”. “¡Vaya, te podías haber arrepentido un poco antes!”. Bien, ¿qué quiere decir el relato del diluvio?. Que Dios extermina a los pecadores?. No, exactamente lo contrario. Es importante el final, cuando Dios dice: “He aquí que dejo mi arco sobre las nubes”. Una de las imágenes que teníamos de la divinidad era la de un Dios bélico, una especie de Zeus, que lanzaba con el arco las flechas contra los hombres. El Dios que aparece en aquel episodio es un Dios que –podríamos decir con lenguaje moderno- depone las armas. ¿Qué es lo que quiere decir el autor?. Dado que en aquella época se creía que todos los fenómenos atmosféricos provenían de Dios (el trueno es la voz de Dios, el rayo es una flecha lanzada por Dios, el terremoto...), el autor quiere decir: ¡No! Lo que sucede en el mundo no proviene de Dios y no es un castigo por los pecados del hombre, porque Dios ha depuesto su arco sobre las nubes.

O bien, otro episodio, uno de aquellos que resultan más controvertidos. Creo que todos nos hemos encontrado alguna vez a disgusto cuando hemos leído la página del libro del Génesis donde Dios viene a decir a Abraham: “Finalmente, pobre viejecito, ha conseguido tener un hijo. ¿Estás contento? Bien, pues ahora acaba con él, quítale la vida para mí, ofrecémelo...”. Es un Dios inmoral éste que pide a Abraham que le sacrifique el único hijo. Y Abraham toma a su hijo, lo ata y se dispone a sacrificarlo, levanta el cuchillo y cuando está a punto de asestar el golpe, Dios dice: “¿Pero qué haces?. Déjalo, hombre, que era solo una broma”. Bien, lo digo así de forma humorística para poner de relieve la contradicción. “Pero bueno, ¿esto qué es?. Me habías dicho que matara a mi hijo, y ahora, en el último momento... Y si yo hubiera sido duro de oídos, ¿entonces qué? ¡Habría acabado con él!”... ¿Qué es lo que quiere decir el autor?. En aquella época y en aquella cultura era normal ofrecer a la divinidad

el propio hijo, especialmente el primogénito. Cuando se partía para un viaje al extranjero, o bien cuando se quería hacer un gran negocio, era normal tomar al propio hijo y ofrecerlo a la divinidad. Se han encontrado muchos cántaros con esqueletos de neonatos sepultados en los cimientos de las casas: si colocas el cuerpo de un hijo en los cimientos, el edificio será seguro, se pensaba. Bien, frente a una realidad de este tipo, el autor construye un episodio –por desgracia las traducciones impiden gustar los matices– en el que el Dios que pide a Abraham que le sacrifique a su hijo se llama en hebreo Elohím, término que vale para todas las divinidades, incluso para las paganas. La divinidad, cualquier divinidad, es Elohím. Por tanto, es el Dios de la religión quien pide a Abraham el sacrificio del hijo. Cuando Abraham está a punto de acabar con él, sin embargo, quien interviene no es aquél que le ha pedido el sacrificio, Elohím, sino que se trata de Yahvé, el Dios de Israel. ¿Qué nos quiere decir el autor?: los pueblos paganos sacrifican el hijo a Dios; pero en tierra de Israel, no se hacen esas cosas. Dios no exige sacrificios humanos. Así pues, a medida que la humanidad va creciendo, comprende cada vez mejor el rostro de Dios. Por ejemplo, en el libro del Deuteronomio encontramos: “Dios castiga la culpa de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generaciones”. ¿No hay quien se salve!. El profeta Ezequiel puntualiza: “No, cada uno es responsable de su mal”. Por tanto, veis, es un progreso gradual hasta que se llega a Jesús. El evangelista Juan escribe: “A Dios nadie lo ha visto nunca: solo el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre, es él quien lo ha revelado” (Jn 1,18). De ahí la importancia de centrarse en Jesús para comprender quién es Dios. No es que Jesús sea como Dios. Dios es como Jesús, que son cosas distintas. Esto es lo que quieren decirnos los evangelios. Si yo digo que Jesús es como Dios, quiere decir que yo ya sé quién es Dios, lo doy por supuesto. No. Por consiguiente no que Jesús sea como Dios, sino que Dios es como Jesús, la manifestación plena del Padre.

La Biblia contiene toda la Palabra de Dios?

Es necesario clarificar primero si por “Palabra de Dios” entendemos “las palabras de Dios”. Dios no tiene boca, por tanto no habla. La Palabra de Dios significa que esta energía vital que Dios ha transmitido al pueblo, el pueblo la formulaba en la medida que la percibía e iba comprendiendo. Pero, como es natural, se requiere una comprensión adecuada de la Palabra. Por ejemplo, volviendo a imágenes sanguinarias, tenemos el caso de Moisés que regresa después de una batalla, y, como excepción, esta vez ha dejado con vida a mujeres y niños del enemigo. Dios entonces monta en cólera y dice: “Si no vas a acabar con todos ellos, seré yo quien acabe contigo”. Me hago cargo de la dificultad que tenemos para comprender estos párrafos, igual que otros de la liturgia, cuando se habla de asesinar, acabar con... y se acaba diciendo “Palabra de Dios”. Por ejemplo, en los Salmos se lee: “Aniquiló a todos los primogénitos de Egipto...” y el estribillo repite “¡qué bueno es el Señor!”. Menos mal que era bueno, porque si llega a ser malo no queda títere con cabeza... Sin duda que es Palabra de Dios, pero esto no quiere decir que cada palabra particular haya sido pronunciada por Dios.

Me gustaría intervenir en la dirección que estabas explicando ahora. Algunos hablan de la pedagogía de Dios, que prevé un camino lento en el que la humanidad va tomando consciencia de sí y Dios no puede hacer violencia a sus hijos anticipándose a los tiempos cuando aun no se pueden comprender ciertas cosas. Hay un episodio del evangelio de Juan muy clarificador respecto a la gradualidad, y es el momento en que Jesús, dirigiéndose a la Samaritana, dice: “Mujer, ha llegado la hora en que Dios es adorado en espíritu y verdad”. Quiere decir que ha habido otros momentos precedentes en que las formas de adoración a Dios eran distintas, transitorias, y, por tanto, en esta luz podemos interpretar el Antiguo Testamento como un paso gradual hacia la plenitud que solo se alcanza en Jesucristo. Jesús se define semilla, y en ella es evidente el

proceso de crecimiento gradual.

De hecho, este proceso de crecimiento en el conocimiento de Dios no ha concluido aún. El Dios que nosotros conocemos ahora será distinto del Dios que conocerán dentro de cincuenta años. Cuanto más crece la humanidad y más se afirma el valor del hombre, con mayor nitidez se manifiesta el rostro de Dios. Cuanto más descubre la humanidad la dignidad del hombre, con mayor fuerza brilla el rostro de Dios. Por tanto, no hay tiempo que perder, se trata solo de remangarse las mangas. Pablo, en la carta a los Romanos, dice: “La creación misma espera con impaciencia la manifestación de los Hijos de Dios” (Rm 8,22). Hay que acoger a Jesús, que comunica de modo gratuito e incondicionado este espíritu y transmitirlo a todos. Espero que dentro de cincuenta años la imagen del Dios en quien creemos nosotros ahora no produzca demasiada hilaridad, pero todo depende de nosotros. Cuanto más vayamos descubriendo y profundizando en la dignidad del hombre, más y mejor brillará el verdadero rostro de Dios.

Creo que mi pregunta se aleja un tanto del tema que has afrontado hoy, pero es una duda que me planteo hace tiempo. La Biblia narra la historia del pueblo de Israel durante casi un milenio, si no me equivoco. Se concluye, por tanto, en torno al año 100 después de Cristo. ¿Por qué después de 1900 años no ha sido añadido nada nuevo a la Biblia? ¿No ha sucedido nada merecedor de ser contado entre los libros de la Biblia?

La Iglesia ha creído siempre que con Jesús la manifestación de Dios era plena y definitiva. Pero, ¡atentos!, esto no quiere decir que el evangelio sea un texto embalsamado que hay que observar tal cual. El evangelio es esta fuerza increíble de energía que Dios desencadenó y manifestó en Jesús, y que cada comunidad cristiana está llamada a reelaborar y a enriquecer con la propia experiencia. De hecho, a diferencia del Antiguo Testamento, el evangelio es declarado un texto vivo, un texto en crecimiento. Hay cuatro evangelios, todos distintos entre sí, porque salvando la unidad del mensaje de Jesús (en una palabra: el amor gratuito de Dios hacia todos), las modalidades para formular y vivir este amor son diferentes según lugares y culturas. No se puede imponer el propio modo de vivir a otros pueblos. Cada comunidad enriquece este mensaje con la propia experiencia. Este proceso no ha concluido. Por tanto, si el texto escrito está terminado, el texto vivo debe ser aun enriquecido. El evangelio que nosotros acogemos no es un texto que hay que observar, sino un texto que podemos enriquecer con nuestra experiencia de vida, porque Jesús no podía conocer hace dos mil años las circunstancias de nuestra existencia actual. Por esto podemos decir que el evangelio no es un libro escrito de una vez para siempre, sino que se renueva y se enriquece a medida que hay personas que acogen este espíritu.

---

## Segundo encuentro

## Mc 1,39-45; 5,24-34

En el encuentro de ayer tuvimos ocasión de comprobar el asombro que produce la primera predicación de Jesús en una sinagoga. Un gran estupor se apodera de todos los presentes al percibirse de que posee autoridad, no como sus escribas, los maestros oficiales. Dijimos que la expresión “tener autoridad” indica ser poseedor de un mandato divino. Desde siempre se pensaba que eran los escribas quienes habían recibido tal mandato, pero en el momento que el pueblo escucha las palabras de Jesús, percibe con nitidez que es él quien lo ha recibido. ¿De dónde le viene a Jesús esta autoridad divina?. Ayer también contemplamos a Jesús en el momento en que sale de las aguas del Jordán llevando consigo el compromiso del bautismo, que significa su disponibilidad a demostrar amor hasta el límite de las posibilidades humanas. Bien, decíamos que Dios se siente atraído irresistiblemente allí donde descubre una forma de amor total, similar



al suyo; entonces su respuesta es también total. Dios transmite a Jesús toda su misma capacidad de amar, lo que se conoce con el nombre de “espíritu”, es decir, la energía vital procedente de Dios. Jesús es el Hombre-Dios que se comporta tal y como se comporta Dios. He aquí la gran novedad que iremos desmenuzando en esta conferencia.

Dios se comporta en modo exactamente opuesto a lo que sacerdotes enseñaban. El pueblo había sido engañado por los sacerdotes y por los escribas por sus propios intereses y por su deseo de dominarlo. Sobre todo, a fin de mantener su control y para defender sus intereses económicos, habían tergiversado fatalmente la voluntad de Dios. De ese modo, provocaban que la gente se sintiese siempre en culpa y siempre necesitados de recurrir a las autoridades religiosas, a la casta sacerdotal. Bien, Jesús –decíamos ayer- presente un Dios no bueno, sino exclusivamente bueno, un Dios que es amor, un amor que desea comunicarse, un Dios que dona su amor no por los méritos de los hombres, sino por sus necesidades. Con Jesús, no se hace ya necesario merecerse el amor de Dios, sino solo acogerlo como un don gratuito, de acuerdo con las propias necesidades. De manera paradójica, cuanto más necesitado está el hombre, más eficaz resulta el amor de Dios. Ayer terminamos nuestro estudio con la expresión: “Su fama se difundió por doquier, en toda la región de Galilea” (Mc 1,28).

Veamos ahora el primero de los encuentros de Jesús con una categoría especial de personas. Es el episodio conocido como “la curación del leproso”, que hallamos en Marcos 1,39: “Y recorrió toda la región de Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios”. El evangelista precisa “en sus sinagogas”. Jesús es la persona nueva que no se identifica con el pasado. El no reconoce la necesidad de rendir culto a Dios. Su Dios no es el Dios de la religión, que exige y absorbe las energías de los hombres: el Dios de Jesús comunica amor y no reclama ningún tipo de culto de parte de los hombres, excepción hecha de la prolongación de este amor hacia los otros. Ayer citamos un texto del profeta Oseas, que Jesús refiere dos veces en el evangelio de Mateo: “Misericordia quiero y no sacrificios” (Os 6,6; Mt 9,13; 12,7). Ha acabado ya la época de ofrecerle cosas a Dios. Por tanto, Jesús iba predicando por sus sinagogas y expulsando los demonios. “Expulsar los demonios” significa liberar de la ideología, en este caso religiosa y nacionalista, a todos aquellos que eran víctimas de la misma. Ayer vimos que el evangelista hace uso de otra figura, el espíritu impuro; en este caso, en cambio, habla de demonios. El trasfondo que subyace es idéntico en ambos casos: se trata de una realidad que el hombre acepta voluntariamente en su existencia, realidad que lo hace totalmente cerrado y opaco a la Palabra de Dios. Con su predicación, Jesús abre horizontes nuevos para el pueblo, horizontes que ponen de manifiesto las graves contradicciones de un sistema religioso que se despachaba como voluntad de Dios, cuando, en cambio, resultaba un obstáculo insuperable para su cumplimiento.

Ayer decíamos que Jesús no se desarrolló en el ámbito de la religión y de lo sagrado, sino que optó por salir fuera del mismo para desenraizar las raíces de la religión demostrando su pudredumbre. La religión no solo no favorecía la comunión con Dios, la impedía fatalmente. Como un primer efecto de la predicación de Jesús en toda Galilea, el evangelista escribe: “Entonces se le acercó un leproso”. También este personaje, como el que vimos ayer, es anónimo. Esto es, es un personaje representativo, más allá de la realidad y de la identidad histórica. “Representativo” significa que todos cuantos viven situaciones parecidas se pueden sentir reflejados en él. El evangelista, pues, presenta a un leproso como efecto clamoroso de la predicación de Jesús. Pero, ¿por qué precisamente un leproso?

El leproso no era considerado un enfermo. Sobre la lepra se pensaba que no era una enfermedad como las otras. Se pensaba en ella como una maldición terrible que Dios lanzaba contra los pecadores. Por tanto, el leproso era visto no tanto como un enfermo, sino como una persona maldita y castigada por Dios a causa de sus pecados.

Para los leprosos, de hecho, no había ninguna esperanza de vida. Eran como cadáveres vivientes; debían permanecer alejados de los centros habitados; cuando veían a una persona, debían alejarse de ella gritando “inmundo, inmundo”. A pesar de las dimensiones enormes de la plaga de la lepra en la historia de Israel, la Biblia solo narra dos casos de curaciones de leprosos. Es decir, era una enfermedad prácticamente incurable. De los dos enfermos curados, uno recibe la curación directamente de parte de Dios. Es la hermana de Moisés, sobre la que el mismo Dios había hecho descender la lepra; el otro es curado por obra de un profeta, Eliseo, que actúa a favor de un oficial pagano de Siria, episodio que a continuación veremos detalladamente. En toda la historia de Israel, pues, solo hay dos casos de leprosos curados. ¿Por qué es incurable el leproso? La razón es sencilla: desde el momento que eran leprosos, eran impuros. En el mundo hebreo, la categoría de lo puro y lo impuro revestía gran importancia. Dios se halla en la esfera de la pureza: “santo, santo, santo”. El número tres en la simbología hebrea, indica siempre aquello que es completo. Por tanto, repetir por tres veces “santo” significa: “aquél que es el santo por excelencia”. Si una persona es pura, puede entrar en comunión con Dios; si es impura, el acceso a la comunión queda bloqueado e interrumpido. El leproso es impuro y, cuando una persona es impura, debe dirigirse al Señor en el templo de Jerusalén, portando los sacrificios prescritos para obtener la purificación. Sin embargo, al leproso le está prohibido el acceso al templo. ¡Es un callejón sin salida! La condición del leproso, personaje anónimo representativo de tal situación, equivale a un futuro sin esperanza alguna. “Soy impuro, el único que me puede liberar de esta impureza es Dios, pero mientras que estoy en estas circunstancias, me está prohibido dirigirme a él”... El leproso es un caso desesperado, una persona sin solución posible, carece totalmente de perspectivas de futuro.

A través de este leproso anónimo, el evangelista presenta el caso desesperado de una persona que, de acuerdo con la mentalidad de la época, era claramente culpable de un pecado. Por esto, recibe como condena la maldición y el castigo de la lepra que lo proyecta en una situación sin salida. Representa a las personas que viven en situación de pecado, marginadas de la sociedad, excluidas de la religión, sin ninguna posibilidad de salvación. La única cosa cierta que le espera es la muerte, alejado, además, de la gente. Este hombre ha oído hablar de la fama de Jesús. El pueblo ha percibido por vez primera una novedad para la cual el evangelista ha acuñado el término “evangelio”, o sea, buena noticia. ¿Cuál es la buena noticia?

La buena noticia es que Dios es totalmente distinto de la imagen que de él proyectan los sacerdotes. Es un Dios que a todos indistintamente demuestra su amor, sin dejarse condicionar por sus comportamientos. No es el Dios de la religión, que premia a los buenos y castiga a los malvados. El Padre de Jesús es un Dios que derrama su amor sobre todos sin tener en cuenta su situación ni su conducta, porque lo concede de acuerdo con las necesidades de los hombres y no según sus méritos.

Para el leproso se abre una vaga y lejana esperanza. Ha oído decir que existe un Dios distinto de aquél que lo ha maldecido, castigado y que lo margina. Tal vez exista una esperanza también para él. Se hablaba ayer de la liberación de la ley que Jesús vino a cumplir. La ley no solo no permitía la comunión con Dios, la impedía. Si el leproso observa la ley, apenas atisbe a lo lejos la silueta de una persona, debe escapar gritando en voz alta: “Inmundo, inmundo”. He aquí la primera transgresión de la ley: “Se le acercó un leproso”. El leproso, en vez de alejarse cuando ve a Jesús, va a su encuentro. Se trata de un ser maldito, castigado, no tiene nada que perder. Entonces, acercándose a Jesús, transgrede la ley una vez más: “le suplicaba de rodillas”. Aun no conoce a Jesús; ha oído hablar de su fama, pero no ha tenido experiencia directa. Entonces el leproso se “arrodilla”: está así cumpliendo una grave transgresión. “A ver si este Jesús no se comporta como los sacerdotes y me despide a patadas”. Por tanto, para prevenir un

posible reproche y un castigo, se pone de rodillas y le pide ser purificado, porque se pensaba que solamente Dios podía purificar de la lepra. Es importante tener en cuenta que en este parrafo el evangelista no habla nunca de curación, sino de purificación. El leproso va a Jesús para ser purificado; le resulta insoportable estar alejado de Dios y de su amor. Piensa que Jesús es un profeta de Dios, y no le solicita la curación. Se acerca a Jesús diciendo: “Si quieres, puedes purificarme” (Mc 1,40). Lo que más le pesa es sentirse excluido, alejado, maldito de Dios. ¿Cuál es la reacción de Jesús?. Si hubiera sido una persona pia –afortunadamente no lo era- tendría que haber puesto tierra de por medio nada más ver al leproso.

Hemos dicho que uno de los dos casos de curación en la Biblia es obra de Eliseo (2 Re 5). Cuando Naaman, oficial sirio, se acerca a Eliseo, éste no quiere ni siquiera recibirlo. Le dice: “Báñate siete veces en el Jordán y quedarás curado”. Si se hubiera comportado como Eliseo, Jesús habría evitado cualquier contacto con este leproso. Y ahora el evangelista indica con detalle, como si se tratara de una escena a cámara lenta, los gestos de Jesús. Hemos dicho que en él se manifiesta la plenitud de Dios. Jesús viene a enseñar que Dios no es el que presenta la religión, sino el que se manifiesta en su vida y obras. Desde siempre se decía que Dios detesta a los pecadores. Hay un salmista que dice: “¡Oh, si Dios acabase con los pecadores!”. Se pensaba que cuando viniera el Mesías, los iba a aniquilar a todos: Dios cubriría a los pecadores con el fuego de su ira. Pues bien, veamos qué sucede cuando Dios en Jesús se encuentra con un pecador: “¡Movido a compasión”. Tener compasión es un verbo técnico usado en el Antiguo Testamento, únicamente referido a Dios. Solo Dios puede tener compasión; de los hombres, en cambio, se dice que tienen misericordia. ¿Cuál es la diferencia?. La misericordia es un sentimiento que los hombres pueden tener respecto a sus iguales; “compadecerse” –literalmente sería un movimiento de las entrañas maternas- es una conducta de Dios con la que se comunica vida allí donde brilla por su ausencia. En el Antiguo Testamento se atribuye solo a Dios, y en el Nuevo Testamento, únicamente a Jesús. Jesús se encuentra frente a una persona maldita de Dios, castigada por sus propias culpas. Y cuando lo ve, de su interior brota no la ira ni el reproche, sino solo compasión: “compadecido, extendió la mano” (Mc 1,41). “Extendió la mano” es precedido –por fortuna- de la expresión “compadecido”. De hecho, en el Antiguo Testamento la expresión “extender la mano” se refiere a Dios y a Moisés en el acto de castigar a los pecadores y de destruir a los enemigos. Cada vez que Dios extiende la mano, he aquí que los pecadores quedan derrotados. Cuando Moisés extiende la mano, se desencadenan las plagas de Egipto. Bien, Jesús, que manifiesta la plenitud de Dios, extiende la mano, pero en vez de producir muerte o destrucción, produce vida. Es algo incomprensible: “lo tocó”. ¿Por qué Jesús tocó al leproso?. No era necesario, es más, estaba incluso prohibido. En el libro del Levítico se dice que si un sano toca a un leproso queda infectado (Lv 13,8). ¡Cuántas veces Jesús se interesó, curó y purificó a las personas solo con la fuerza de su mensaje!, como cuando le dice al centurión: “Va y tu hijo quedará sano”. Entonces, ¿por qué en este caso no solo extiende la mano, sino que “toca” al leproso?. Quiere demostrar la falsedad del Dios con el que dan gato por liebre los sacerdotes y los escribas. “Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo: lo quiero”. Es la voluntad de Dios, que no acepta ningún tipo de marginación o discriminación en su nombre. “En nombre de Dios, queda purificado”. La voluntad de Dios que se manifiesta en Jesús es la purificación del individuo. “En seguida la lepra desapareció y él quedó purificado” (Mc 1,42). Jesús, tocando al leproso y diciendo “lo quiero” demuestra que la ley, al imponer la separación entre los hombres y la marginación de algunos, no correspondía a la voluntad de Dios, la falsificaba. La Palabra de Dios auténtica es: “lo quiero”. El obstáculo, la barrera que impedía al leproso ser purificado y conocer el amor de Dios, era la ley con la imagen discriminatoria y punitiva de Dios que presentaba. La acción de Jesús demuestra que la distinción –tan amada por la religión-

entre puro e impuro, entre merecedor y no, es consagrada por la ley, pero para Dios no tiene ningún valor. Son los sacerdotes quienes separaron entre puro e impuro, entre hombres merecedores del amor de Dios y hombres que no lo merecían. Pero a los ojos del Señor, estas distinciones no sirven para nada. El evangelista está diciendo una cosa enorme. Está afirmando que Dios no acepta y no tolera las discriminaciones que en su nombre han hecho sacerdotes, teólogos y escribas. La persona, por muy graves que puedan ser sus culpas y su situación, no puede nunca ser excluida del amor de Dios.

Dios no acepta que la religión se convierta en obstáculo entre él y los hombres. Jesús, afirmando “lo quiero”, demuestra la contraposición entre la ley y el Dios que en ella se manifiesta. La religión enseñaba al leproso que debía ser puro para acercarse a Dios. Jesús le demuestra que es la acogida del amor de Dios lo que le hace puro. La pureza no es una condición para acercarse a Dios, sino la consecuencia de la acogida del amor de Dios. Jesús pasa de la categoría del mérito a la categoría del don: el amor de Dios no hay que merecerlo por los propios esfuerzos. El leproso no merece el amor de Dios ni la purificación, porque no ha podido cumplir ninguna de las indicaciones prescritas por la ley. De hecho, no puede ni tan siquiera entrar en el templo. La buena noticia que Jesús trae es que la purificación, o sea, el amor vivificante de Dios, es dada no por los méritos del leproso, sino como don gratuito. He aquí la novedad: el amor de Dios no hay que merecerlo, sino acogerlo como don gratuito.

En este momento, se produce un cambio de escena inesperado a tenor del contexto. El evangelista escribe: “Le reprochó (amonestó severamente) ”. Hace un momento hemos visto como Jesús se compadece y comunica al leproso, que es purificado, la abundancia de la vida. Ahora Jesús le da una reprimenda, cuando habría sido más lógico dársela antes. ¿Cómo es que lo reprocha ahora?. “Y amonestándolo severamente, lo expulsó fuera” (Mc 1,43). Pero fuera... ¿de dónde?. No se habla de ningún espacio interior, de ningún edificio ni de un recinto cerrado. La reprimenda de Jesús al ex-leproso es por haber creído que Dios lo había excluido de su amor. Jesús reprocha a cuantos piensan que, debido a sus culpas o a su situación moral y religiosa, Dios no los ama y los ha excluido. Pero ¿cómo puedes creer que Dios no te ame y desee tenerte a distancia?. ¿Cómo es posible imaginarse que Dios, siendo el amor, te haya marginado?. Dicho con otras palabras, Jesús reprocha al leproso el hecho de haber caído en un pensamiento tan extraviado. Dios no excluye de su amor a ninguna persona, sea cual sea la situación en que se encuentre.

Aquí el evangelista nos presenta un caso extremo: es una persona maldita de Dios y castigado por graves delitos. Y, a pesar de todo, Jesús lo reprende duramente, porque nadie –cualquiera que sea la situación vital que este atravesando, incluso aunque la moral lo condene- debe sentirse excluido del amor de Dios. El amor de Dios no conoce divisiones ni reglas canónicas, teológicas, morales, que los hombres venden en su nombre. El amor de Dios quiere ser comunicado y derramado sobre cada criatura. Nunca ha existido un rechazo por parte de Dios. Pero existe un ámbito en el que se enseña tal rechazo: la sinagoga, símbolo de la institución religiosa judía. Precisamente de este ámbito Jesús expulsa fuera al leproso, fuera del ambiente religioso. “Si sigues frecuentando el ambiente religioso, no tienes futuro. Allí te enseñarán el sentido de culpa y la imagen de un Dios que te amenaza y castiga”. “Jesús lo empuja hacia afuera”: naturalmente se trata de una conducta simbólica. “Mientras permanezcas en este ambiente, te sentirás siempre leproso y marginado”. Al ex-leproso no le es suficiente haber sido liberado de la marginación por obra de Jesús, ahora es necesario que él mismo se libere del creer en la institución religiosa que lo marginaba injustamente. En caso contrario, quedará siempre a merced, y podrá ser marginarlo nuevamente por cualquier causa. Jesús lo reprocha, lo expulsa y después le pide: “Mira de no decirle nada a nadie...”, Jesús desea que el leproso actúe por convicción propia. En cambio:

“Va, muéstrate a los sacerdotes y ofrece...”. ¿Por qué?. Hemos dicho que el leproso, por su condición peculiar, debe vivir fuera de las ciudades y de los núcleos de población. Ahora bien, dado que bajo el nombre de “lepra” se indicaban muchas afecciones cutáneas –algunas de ellas curables- el leproso curado, antes de ser readmitido dentro de la ciudad, debía pasar por una especie de departamento de higiene ubicado en las instalaciones del templo de Jerusalén. Aquí el sacerdote lo examinaba para otorgarle el certificado de curación, que le permitía de nuevo la reinserción social.

Los sacerdotes no hacen nada gratuitamente. Por supuesto todo lo hacen en nombre de Dios, pero –como decíamos ayer- al final todos los beneficios acaban en sus bolsillos. El certificado no solo se pagaba, sino que era bastante caro. Pedían, de hecho, tres corderos, o bien uno solo si se trataba de una persona indigente. Jesús pide al leproso que vaya al sacerdote para ser examinado y que ofrezca “lo que ordenó Moisés”. ¡Aquí Jesús está diciendo algo en verdad escandaloso!. Se pensaba que toda palabra de la ley era palabra del Dios viviente, y la función de Moisés había sido únicamente la transcripción de las mismas. Por ello, atreverse a afirmar que alguno de los contenidos de la Ley –aunque sea una sola palabra- no proviene de Dios, sino que la ha dicho Moisés, era considerado una blasfemia imperdonable, merecedora de la muerte. Así afirma el Talmud de modo inequívoco. Pues bien, Jesús indica al leproso que ofrezca lo que había prescrito Moisés: “Dios no ha prescrito estas cosas, las ha prescrito Moisés”, viene a decir. La prescripción no es la voluntad de Dios, sino la de Moisés; no se trata de un precepto divino, sino de un simple precepto humano que, como tal, tiene el valor de palabra humana. “Como prescribió Moisés”. ¿Por qué Moisés prescribió esto?. En otros pasajes del evangelio, cuando Moisés cambia o atenúa la voluntad de Dios, lo hace debido a la dureza de corazón del pueblo. El temor y el egoísmo de la gente lo fuerzan a prescribir determinadas normas: “Como testimonio contra ellos”. Y ¿por qué “como testimonio contra ellos?”. Jesús demuestra la diferencia entre el actuar del Dios que se manifiesta en él –te he purificado gratuitamente, te he liberado gratuitamente- y el Dios de los sacerdotes que no hace nada sin exigir impuestos, porque piensan que el amor de Dios hay que merecérselo.

El término “mérito” tiene la misma raíz del término “meretriz”. Querer merecer el amor de Dios, querer pagar el amor de Dios, querer pagar los favores de Dios significa prostituirlo. Los sacerdotes han hecho de modo que Dios concediese sus gracias y sus favores previo pago de una suma. Según Jesús, el pecado consiste en aceptar voluntariamente ser dominados por la institución religiosa y por eso invita al hombre a liberarse y a razonar con la propia cabeza. El testimonio contra los sacerdotes es que Dios actúa en un modo diametralmente opuesto a como ellos enseñan. No hay ya necesidad de ofrendas de parte de los hombres respecto a Dios porque –es ésta la gran novedad que trae Jesús- es Dios quien se ofrece a los hombres. Una vez que ha comprendido esto, el leproso queda verdaderamente libre y purificado. Los sacerdotes enseñaban que los hombres deben hacer ofrendas a un Dios que nunca se sacia. Jesús enseña lo contrario: es Dios quien se ofrece a los hombres. El Dios de Jesús no les quita el pan a los hombres, sino que se hace pan para ellos. Por tanto, el leproso debe experimentar la diferencia que hay entre el don gratuito que Dios otorga y las pretensiones de actuar en su nombre de que hacen gala los sacerdotes. Jesús invita al leproso a estar en silencio, porque antes de hablar debe tomar conciencia de la oposición total entre el comportamiento de Dios y el de la institución religiosa que pretendía representarlo, cuando en realidad estaba falsificando su rostro. Cuando el leproso llegará finalmente a comprender por convicción propia que la institución religiosa no solo no representa a Dios, sino que es en verdad un obstáculo, entonces será libre. Hasta ese momento, no basta que Jesús lo haya purificado. Si regresa a la sinagoga, de nuevo los sacerdotes le harán sentirse en culpa por algún pecado y volverá a comenzar de cero.

Jesús quiere que la persona –a través de la propia experiencia- confronte las dos imágenes de Dios: la de los sacerdotes y la suya, un Dios que pide y un Dios que da, un Dios que exige y un Dios que regala.

“Pero el leproso, alejándose...”. Bien, el leproso acepta el reto que Jesús le lanza. “Se puso a proclamar y a divulgar el hecho” (Mc 1,45). Es el primer predicador que encontramos en los evangelios. Un pecador, un maldito, uno que había sido castigado por Dios, se convierte en el primer predicador de que hablan los evangelios, una vez que ha quedado embriagado por el amor de Dios que incluso le ha reprochado el hecho de no haber creído en el mismo previamente. El leproso no ha hecho un curso de teología, ni ejercicios espirituales, ni penitencias, ha experimentado la gratuidad del amor del Padre, y por ello el evangelista le concede el honor de ser el primer predicador. Veremos ahora cómo su predicación será eficaz, al contrario de la de los apóstoles. “Se puso a predicar y a difundir el mensaje”. El no se dedica a contar a los demás el hecho de su curación. Sería de esperar que lo hiciera, poniendo en conocimiento de todos lo que le había sucedido. Pero el evangelista no dice que el leproso narrase su purificación, especifica que habla del encuentro con Jesús. Se pone a predicar el “mensaje”; no el hecho de haber sido purificado por Jesús, sino el mensaje que está detrás: esto es lo que importa y lo que la gente realmente espera oír.

¿Cuál es el mensaje?: Dios ama a todos independientemente de su conducta y se dirige a todas las personas sin tener en cuenta su situación moral y religiosa. La experiencia del amor de Dios, del cual el leproso pensaba estar irremediamente excluido, es la libertad con respecto a la institución religiosa, definitivamente conquistada, libertad que causa una alegría tal que no puede ser contenida. El evangelista demuestra esta alegría multiplicando los términos: “predicar, difundir, divulgar sin descanso...”. La culpa de la marginación que el hombre había sufrido era solamente de la institución religiosa. Dios no tenía nada que ver con ello. El leproso es el primer predicador que hallamos en los evangelios. Pero Jesús, que coloca el bien del hombre por encima de todo el resto, el interés hacia los demás por encima del suyo propio, se ve obligado a pagar las primeras consecuencias. Escribe el evangelista: “... hasta el punto que no podía ya entrar públicamente en ninguna ciudad” (Mc 1,45). Omitiendo el sujeto, el evangelista es ambiguo en su redacción. Parecería referirse tanto al leproso como a Jesús. ¿Por qué Jesús no puede entrar públicamente en ninguna ciudad?. La respuesta es clara: ha tocado a un leproso, y a los ojos de la religión ha quedado impuro. El, que era el puro y ha donado su pureza al impuro, a los ojos de la religión es exactamente lo contrario. ¡Cuidado con aquellos que miran las cosas de la vida con los ojos de la religión!. La religión ve exactamente lo contrario. En el episodio que analizaremos a continuación, lo que para Jesús es un acto de fe, para la religión es un sacrilegio. Hay que estar atentos con las gafas que nos ponemos, porque ellas seleccionan el tipo de mirada que se deriva. El ojo de Dios es distinto al de las personas religiosas. Estas, víctimas del sentido del pecado, ven siempre mal y descubren pecado por doquier. Jesús es el Hijo del Creador, aquél que comunica vida, que ve el bien y lo comunica sin límites. A los ojos de la religión, es Jesús quien se ha hecho leproso, impuro, y no puede ya entrar públicamente en ninguna ciudad, por lo que “permanecía fuera, en lugares desiertos”. Jesús acepta el precio que debe pagar por la liberación de los hombres. Recordad que ayer decíamos que ha dado su vida en rescate para liberar a los hombres de la ley. Jesús entrega su vida y no se trata solo del sacrificio extremo de la cruz, mirad cómo ya en el primer capítulo ha comenzado a entregar su vida. Acepta quedar marginado de la institución religiosa a fin de liberar a aquellos que estaban marginados.

“Y venían a él de todas partes” (Mc 1,45). ¡Está a punto de sonar la alarma en la institución!. En nuestro próximo encuentro veremos cómo las autoridades deciden ya

acabar con Jesús, porque se muestra peligroso. “Y venían a él de todas partes”. La institución religiosa ha empezado a desangrarse. El leproso va a narrar su mensaje, el mensaje que la gente esperaba, y de inmediato inicia el éxodo de Israel. La tierra prometida, la tierra de la libertad se había transformado en tierra de esclavitud y es Jesús quien debe sacar al pueblo y conducirlo hacia el ámbito de la libertad. Inicia, pues, el nuevo y definitivo éxodo. Jesús, en su cualidad de Dios, es el redentor, aquél que rescata; es el liberador del pueblo, no ya de la esclavitud en Egipto, sino de la esclavitud a la ley que es bastante peor. Porque de algún modo existe siempre la posibilidad de rebelarse y huir de la tiranía de los hombres, pero cuando esta esclavitud es ejercida en nombre de Dios, no hay esperanza. A través del mensaje de Jesús, todo hombre –como el ex leproso- descubre la gran dignidad de ser hijo de Dios.

Concluamos analizando un episodio más breve. Esta vez el personaje es femenino, pero el significado sigue siendo el mismo. También este episodio supone un efecto importante de la fama de Jesús. Pasemos al capítulo 5,24: “Una gran multitud lo seguía”. Jesús, como nuevo Moisés, ha iniciado el éxodo y una gran muchedumbre lo sigue. En su mensaje, la gente ha redescubierto ese deseo de plenitud de vida que la religión no había logrado sofocar. Ayer decíamos que la religión tiende a sofocar la vida del hombre, pero permanece siempre una llamita, que retoma vigor cuando entra en contacto con el mensaje de Jesús. Jesús es impuro, la familia lo ha considerado un loco, ha sido excomulgado por parte de la autoridad religiosa..., pero todo esto a la multitud le trae sin cuidado. La gente ha entrevisto en él una esperanza y lo sigue y “se agolpaban detrás de él”. “Se agolpaban”, este es un detalle importante. ¿Quién es Jesús?. Es aquél sobre el que ha descendido la potencia de vida de Dios, y por eso la gente se le agolpa alrededor, porque siente que de él emana y se transmite la plenitud de la vida. Jesús desborda vida. Es suficiente acercarse a él, basta tocarlo y esta vida se comunica a las personas. Esta vez lo intenta también una mujer, pero el suyo es un caso desesperado.

“Entonces una mujer...”. En el mundo hebreo las mujeres, dado que se encontraban siempre en estado de impureza, eran consideradas una clase por debajo de lo humano. Todavía hoy los varones hebreos dan gracias a Dios tres veces al día por no haberlos hecho mujer. La pobre mujer dice, en cambio: te doy gracias por haberme creado según tu voluntad. Sea como sea, la mujer era el ser humano más distante de Dios. El Talmud afirma que Dios nunca ha dirigido su palabra a una mujer, excepto una vez..., ¡aunque luego se arrepintió!. En efecto, en la Biblia, la única vez que Dios habla con una mujer es con Sara, la mujer de Abraham. Sara, casi centenaria, ante el anuncio de parte de Dios que iba a ser madre, se echa a reír. Dios pregunta: “¿te has reído?”. La pobre Sara dice entonces una pequeña mentirijilla: “No, no me he reído”. Dios se enoja tanto ante su embuste que desde entonces no ha hablado más con ninguna otra mujer... Por este episodio emblemático, se pensaba que las mujeres eran mentirosas por constitución y no les estaba permitido testimoniar en los juicios.

La mujer que se acerca a Jesús “tenía hemorragia de sangre desde hacía doce años”. El número doce está puesto a propósito por el evangelista, es el número de las tribus de Israel, por lo que en la situación de la mujer se refleja la realidad de todo el pueblo elegido. ¿Qué significa este flujo de sangre?. Esta mujer sufre de menstruaciones irregulares, lo que, según la mentalidad hebrea, suponía una impureza perenne. Nadie puede acercarse a ella. Si está casada, le están prohibidas las relaciones conyugales con el marido, si es soltera, no puede casarse. Está, pues, condenada a la esterilidad, a la impureza, y, sobre todo, ve cómo la vida se le escapa. Según la mentalidad hebrea, en la sangre está la vida del individuo. Perder la sangre quiere decir perder la vida. “...y había sufrido mucho por causa de muchos médicos, gastando todos sus bienes sin ningún éxito, es más, empeorando gradualmente” (Mc 5,26). La mujer ha buscado todos

los medios a su alcance para curar, pero sus desvelos han sido en vano. Aquí Marcos carga tal vez un poco las tintas negativamente hacia la clase médica, que a la sazón no gozaba de buena reputación. En el libro del Eclesiástico está escrito: “La enfermedad es larga y el médico goza con ello”. El Talmud condena a toda la clase médica de forma expeditiva: “El mejor de los médicos es digno de la Gehenna”, o sea, del basurero de Jerusalén. Bien, igual que en el caso del leproso, el único que podría salvarla es Dios, pero a ella le está prohibido el acceso al templo de Jerusalén porque es impura. Notemos esta nota constante en la acción de Jesús: todos aquellos que no tienen acceso al templo son de algún modo los predilectos de Dios. Aun en los casos que la institución religiosa expulsa a alguien de sus filas, éste no solo no pierde nada, sino que –expulsado por el Dios del templo- encuentra al Dios auténtico en Jesús.

“Habiendo oído hablar de Jesús...”. Hemos visto que su fama se va extendiendo. “Se acercó entre la multitud, a sus espaldas, y tocó su manto”. La mujer, si observa la ley, sabe que está destinada a la muerte, es estéril e impura. Su única esperanza es Jesús. Pero ¿cómo puede una mujer impura dirigirse a un hombre, y a un hombre que, además, goza de fama de santidad?. Ella conoce la fama de santidad de Jesús, pero tiene miedo de ser rechazada y expulsada, por eso intenta actuar de incógnito, ocultándose entre la multitud. “Decía ella ‘si consigo tocar aunque solo sea el borde de su manto, quedaré sana’ “ (Mc 5,28). Si sigue observando la ley, evitará cometer un pecado, pero morirá. Si, en cambio, opta por transgredirla, tiene una esperanza de vida. “Y al instante...”. En cuanto lo toca queda sana. ¿Por qué?. Porque en Jesús se sienten atraídos irresistiblemente el amor y el espíritu de Dios. Jesús rebosa vida y, aunque no se lo proponga con una intención expresa, no hace más que comunicar vida a cuantos están a su alrededor. “Y al instante se detuvo el flujo de sangre y sintió en su cuerpo que había quedado curada del mal” (Mc 5,29).

“En seguida Jesús, dándose cuenta de la energía que había salido de él...”. Esta vez, Jesús ha curado sin quererlo, pero no sin tener conciencia de lo que ocurría. El es portador de una vida que está disponible para todos, por lo que el mínimo contacto con él comunica vida. Este caso no es como el del leproso, al cual Jesús ha concedido la curación de manera intencionada. Aquí Jesús ha sido tocado. El evangelista quiere decir que posee una riqueza de vida tal que cualquier contacto con él desencadena una transmisión irresistible de vida. “Se volvió hacia la multitud diciendo: ¿quién me ha tocado?”. Aquí el evangelista describe con tonos vivos el contraste entre la respuesta de Jesús y la reacción de gran torpeza de parte de los discípulos. “Sus discípulos –que no parecen tratar a Jesús con mucha deferencia- le dijeron: ves a la multitud que se agolpa en torno a ti y preguntas ¿quién te ha tocado?”. Se extranan de ello. ¿Por qué el evangelista describe de esta guisa la torpeza de los discípulos?. Porque ellos acompañan a Jesús, pero en realidad no lo siguen. Acompañar significa estar juntos, seguir significa hacer suyo el mensaje y los ideales. Este es el riesgo de las personas muy religiosas que acompañan al Señor durante toda su existencia, pero no lo siguen. Aun teniendo a mano una riqueza de vida enorme, no la saben aprovechar. Los discípulos están al lado de Jesús, pero no están junto a él, por esto son refractarios a la vida que él transmite a cuantos se le acercan. En la religión, extrañamente, son precisamente las personas más cercanas a lo sagrado quienes muestran mayor obtusidad. “El miraba a su alrededor...”. Jesús no responde a los discípulos. “...para descubrir a la que...”. Jesús sabe que es una mujer. “...lo había hecho. Entonces la mujer, atemorizada y temblorosa...”. Para la mujer que, en tales condiciones, transmitía su impureza a otra persona, la condena era la pena de muerte. Por tanto, está llena de miedo y tiembla, conocedora de la gravedad de su gesto y carente de esperanza. Si observa la ley, morirá sin remedio; si la transgrede, aun queda una esperanza de vida, y ella la ha obtenido. “Y la mujer, atemorizada y temblorosa, viendo lo que le había sucedido, se postró ante él y le contó toda la verdad”



(Mc 5,33).

En el evangelio de Marcos la palabra “verdad” aparece solo en esta ocasión. Aplicándola al caso de la mujer que toca a Jesús, la verdad no se reduce a la esfera del conocimiento intelectual, sino que implica una experiencia con la que se obtiene plenitud de vida y de libertad. La verdad no consiste en aquello que se sabe, sino en lo que se experimenta. Si experimentas plenitud de vida, ésta es la verdad que hace libre. Bien, Jesús tiene ante sí esta mujer que lo ha tocado, y la mira. Si él fuera una persona pia, religiosa, tendría que reprenderla severamente: ¿Cómo te permites tú, mujer impura, infectada con esa sucia enfermedad, poner tus manos sobre mí, el Santo de Dios?. La mujer ha cometido un sacrilegio a los ojos de la religión, porque una mujer en sus condiciones no puede tocar al Señor, es más, no puede tocar a ninguna persona. Aquello que a los ojos de la religión es un sacrilegio, para Jesús es expresión genuina de fe. Esto supone un cambio del todo extraordinario. “Y él le dijo: Hija...”. Jesús le habla con gran afecto. “...tu fe te ha salvado”. (Mc 5,34). ¿Fe?, ¿pero cómo se puede hablar de fe?. ¡Ha cometido un sacrilegio!. El libro del Levítico, la palabra de Dios, dice que una mujer en estas condiciones no puede tocar a nadie. Pero para Jesús se trata de un acto de fe. Es más, en el mismo episodio del evangelio de Mateo encontramos estas palabras: “¡Animo, hija!” (Mt 9,22). Es ésta una expresión realmente importante. Existen personas que quedan excluidas del Señor, imposibilitadas de entrar en comunión con él por hallarse en situación moral de pecado. Si se le acercan, cometen un sacrilegio. Cuando estas personas tienen el valor de transgredir tales imposiciones y se acercan al Señor, aprecian que él no solo no las reprende, sino que –como Jesús hizo con la mujer- les dirige palabras de afecto: ya era hora, hijo mio, ¿a qué esperabas?: “tu fe te ha salvado”. Y estas personas podrán experimentar que el flujo de la vida pasa de Jesús a ellas. Y concluye: “Vete en paz...”. No le impone ninguna penitencia, ningún tipo de purificación ulterior. “Vete en paz...”. Paz indica todo aquello que produce vida en las personas. “...y queda curada de tu enfermedad”. La mujer que ha encontrado a Jesús, oprimida por su mal (literalmente “azote”), una vez que experimenta la curación, no es invitada a ir al templo a fin de ofrecer un sacrificio de acción de gracias al Señor – como prescribía el libro del Levítico-, sino que es exhortada a irse en paz. El Señor no pide nada a cambio del amor que da, pero invita a transmitir este amor en la propia vida y en la vida de los otros.

Mañana concluiremos esta aproximación a los personajes anónimos con un caso difícil. Jesús ha podido purificar al leproso; ha purificado también a esta mujer impura; ha liberado a una persona que tenía un espíritu inmundo. Sin embargo, existe una clase de personas con las que Jesús fracasa totalmente. Lo veremos mañana.

Alberto, te agradezco la presentación preciosa que nos haces de Jesús, en un modo que hasta ahora no había tenido ocasión de oír. Hablas de Jesús que no ha venido a ser servido sino a servir, de Jesús que ha venido a liberarnos, a rescatarnos de la ley, del pecado, de la religión deshumanizadora, de todo aquél universo religioso del mundo hebreo. Ahora bien, este Jesús, a pesar de traer un mensaje tan formidable, acaba en la cruz. Luego resucita y asegura que estará siempre con nosotros. Entonces, yo creo que sigue interpeándonos a todos, como hizo con los escribas, sacerdotes, fariseos. Tal vez no hayamos acogido su mensaje, ¿o es tal vez que en la iglesia se ha infiltrado un tipo de religión semejante al que entonces recibió tan duros reproches por parte de Jesús?. A lo largo de los siglos la religión católica se ha ido afirmando como culto, construyendo basílicas, haciendo procesiones, llenando las iglesias. Culto sobre culto, pero el mensaje de amor no ha calado. Reflexionando de este modo me siento incómodo...

Los evangelistas presentan estas diatribas hacia la institución religiosa de un modo tan virulento no tanto por ánimo de polémica contra un mundo que ya habían abandonado, sino porque temen –ya que lo estaban experimentando- que dentro de la

comunidad cristiana reafloren las mismas ideas religiosas de las que Jesús la había liberada. Es lo que quiere decir Jesús cuando exclama: “¡Cuidado con la levadura de los fariseos!”. Por tanto, la polémica fuerte y violenta de Jesús no es tanto con un mundo del que se ha desligado la comunidad cristiana, sino una advertencia respecto al riesgo de caer en los mismos errores. ¿Cuáles son las estructuras de la religión?. La idea del mérito: la idea de los fariseos de tener que ser ejemplo para los otros. La categoría del ejemplo no tiene carta de ciudadanía dentro del mensaje de Jesús, porque el ejemplo presupone una persona que se valora a sí misma más que a los otros. Si yo hoy quisiera ser un ejemplo para vosotros, querría decir que me considero superior a vosotros, o sea, me tenéis que admirar e intentar imitar mis virtudes. Esto es causa de desigualdad. Con Jesús no es el ejemplo, sino el servicio lo que está colocado en primer lugar. Cada uno de nosotros tiene indudablemente dotes y capacidades, pero no debe hacer alarde de ellas ante los otros para que los otros lo imiten. La actitud correcta es otra: “las capacidades que yo tengo las pongo a vuestra disposición para que las podáis usar gratuitamente”.

Así pues, podemos concluir, Jesús pone en guardia a la comunidad ante el riesgo –siempre presente- de vivir instituyendo de algún modo una estructura religiosa. En la religión, las cosas mínimas llegan a ser las más importantes, mientras que las más importantes acaban siendo minimizadas. Jesús ha dicho: “¿pero no os dáis cuenta de que filtráis el mosquito y engullís el camello?”. En la religión se da gran importancia a la observancia de normas pequeñas, pero el mandamiento del amor es ignorado en nombre de las mismas reglas. En conclusión, la polémica no es respecto al mundo judío, sino que es una admonición dirigida a la comunidad cristiana para que no se repitan dentro de ella los mismos hechos.

Hay que decir que el mensaje de Jesús fue durante cuatro siglos una fe perseguida, porque habían comprendido su peligrosidad. Desde Constantino en adelante, por intereses políticos, aquella que era una fe perseguida paso a ser una religión impuesta y durante 15 siglos –hasta el Vaticano II que fue un verdadero baño de Espíritu Santo sobre la humanidad y la Iglesia- hemos tenido una fe estructurada según el esquema de la religión, porque se pensaba que debía ser impuesta. Un ejemplo entre otros muchos: puesto que la religión del rey era también la del pueblo, cuando por intereses políticos un rey decidía bautizarse para hacerse cristiano, todo el pueblo debía igualmente hacerlo. ¡Suponeos con qué convicción!. Es bien conocido el trágico episodio de Carlomagno que se presenta en un pueblo acompañado de un sacerdote y de un verdugo. La gente podía elegir entre bautismo u horca. ¡Ochocientas cabezas cortadas en un solo día!. Imaginaos los que se bautizaron ¡con qué entusiasmo abrazaron la fe cristiana!.

Es así, de algún modo arrastramos este lastre, este pecado original de un mensaje transformado en religión, aunque también es cierto que siempre ha habido grupos que han vivido la plenitud del evangelio de Jesús. Demos gracias a Dios por vivir en una época extraordinariamente hermosa. Con el Concilio Vaticano II hemos redescubierto el texto original del evangelio, no su traducción latina, que nunca consigue transmitir el texto original, pues contiene inexactitudes. Por ejemplo, situémonos en el periodo de cuaresma. Pensad un momento el daño tremendo que ha traído a la espiritualidad cristiana la traducción inexacta de la invitación de Jesús: “Si no os convertís, no entraréis en el Reino de Dios”, que significa de por sí “si no cambia vuestra mentalidad, si no cambia –en consecuencia- vuestro comportamiento hacia los otros”, y que, en cambio, era traducido por “si no hacéis penitencia”. La palabra penitencia jamás aparece en boca de Jesús, ni hay rastro alguno de invitación a la mortificación. Jesús es plenitud de vida, y es la vida lo que desea comunicar, no desea para nada mortificarla. Sorprendentemente, la exhortación de Jesús a cambiar de vida

pasó a ser una invitación a hacer penitencia... Demos gracias al Señor por permitirnos vivir en esta fase tan bella; ahora asistimos a tantos auténticos milagros que su Palabra produce en las personas con cambios y opciones heroicos.

Ayer y hoy usted nos ha hablado de encuentros y experiencias con las que Jesús intenta comunicar a las criaturas su dignidad de hijos, no de súbditos. Usted subraya prevalentemente los aspectos en que la criatura marginada se libera, tanto desde el punto de vista de la psicología de lo profundo como desde un punto de vista sociológico. Pero hay otro aspecto en los tres ejemplos analizados (leproso, hemorroisa, endemoniado) que tiene que ver con su salud quebrantada, la situación sanitaria que les afligía. Este aspecto me parece interesante. ¿Podría añadir alguna reflexión al respecto?

Cuando en el Antiguo y en el Nuevo Testamento son presentadas enfermedades diversas, no se trata nunca de males físicos, sino que esas situaciones reflejan siempre dificultades profundas que el hombre sufre en su interior. Cuando Jesús cura al ciego, el evangelista no pretende hablar de la devolución de la vista a un invidente. La acción de Jesús de abrir los ojos no se refiere solo a los invidentes. ¿Qué significa para Jesús “abrir los ojos” a los ciegos?. Significa que Jesús viene a restituir la vista que había quedado oscurecida por el conjunto de normas religiosas que impedía contemplar el rostro de Dios. Jesús abre los ojos y permite ver el rostro de Dios. Ninguno de nosotros, por muchos esfuerzos que haga, podrá restituir la vista a un ciego, pero abrir los ojos sí podemos hacerlo. Es posible tanto abrir nuestros propios ojos como ayudar a otros a hacer lo propio. Abrir los ojos significa ver la realidad de Dios que Jesús nos ha presentado. En los evangelios las figura del cojo, del mudo, del sordo van más allá del episodio histórico específico, nos quieren presentar algo mucho más profundo.

Veamos un solo ejemplo tomado del evangelio de Marcos; en el capítulo octavo hay un episodio extraño. Jesús entra en una ciudad llamada Betsaida y le traen a un ciego (Mc 8,22-26). ¿Qué hace entonces Jesús?. Lo toma de la mano, lo saca del pueblo y le restituye la visión. Después le dice que se vaya a casa, pero le advierte que no regrese al pueblo. Uno queda perplejo y se pregunta cómo puede este hombre volver a casa sin pasar por el pueblo, cuando previamente Jesús lo ha sacado del mismo para curarlo. Por otra parte, ¿no podía curarlo en su casa?. El evangelista una vez más no pretende presentarnos una curación física, sino algo más profundo. Debeis saber que en los evangelios, cada vez que se usa la palabra “pueblo”, se está indicando el centro de la tradición por excelencia. ¿Qué es un pueblo?. Es un núcleo de población que depende de la ciudad, y a él las modas llegan más tarde, tal vez cuando ya han dejado de estar de actualidad en la ciudad. Pero una vez que las modas “agarran”, o sea, echan raíces en el pueblo, ya no hay modo de deshacerse de ellas. El pueblo es el lugar donde tiene vigencia el dicho: “siempre se ha hecho así”, representa, pues, la tradición. Este hombre ciego representa a las personas oprimidas por la tradición. Y si Jesús lo toma de la mano es porque “tomar de la mano” –en el libro del profeta Jeremías- es la expresión con la que se indica la liberación de su pueblo obrada por Dios. “Dios tomó a su pueblo de la mano de Egipto y lo condujo a la liberación”. Jesús toma a este ciego, lo saca del pueblo, le restituye la vista y –como ha dicho al leproso- le dice: “ten cuidado, estate atento porque si regresas al pueblo, volverás de nuevo a quedar ciego”. ¿Véis?. Jesús no es una especie de servicio clínico ambulante de urgencias, él es aquél que ha venido a conceder la libertad plena al ser humano y desea que nosotros cooperemos a la misma, poniendo de nuestra parte. Cuando Jesús dice: “Y todos aquellos que creerán en mi nombre, resucitarán a los muertos”, no se refiere a un hecho físico. En dos mil años de cristianismo no ha habido ni un solo caso de resurrección de muertos. ¿Quiere eso decir que su palabra estaba equivocada?. ¡No!. Jesús ha venido a liberar de todos los impedimentos que cubren con su sombra y no permiten divisar el amor de Dios, como hemos visto en el caso de la mujer hemorroisa: para ella, el impedimento era el

prejuicio religioso y el miedo, que la tenía atenazada y le impedía acercarse a tocar a Jesús, convencida como estaba de que se trataba de un sacrilegio. En estas circunstancias, “abrir los ojos a los ciegos” tiene el mismo valor que decir “mira que, si te acercas y lo tocas, no solo no cometes sacrilegio sino que cumples un acto de fe”.

Jesús ha venido a liberarnos de la ley, pero si miramos la historia, hemos de admitir que los israelíes que conocemos son aquellos que han permanecido fieles a la ley, conservando, pues, su identidad a lo largo de los siglos. Y no solo ellos, también los cristianos más tarde han ido reconstruyendo su propia ley, con sus normas abundantes y con los diversos ritos: el rito copto, el rito caldeo, y luego, los católicos, los ortodoxos, protestantes, etc. En suma, parecería que existe la necesidad de contar con una ley con la que identificarse, aunque luego el Concilio Vaticano II anime a sentirse libres de la misma.

Ley divina, no. Jesús nos ha liberado de la ley. No existe ya una ley de parte de Dios que haya que observar. Dios no gobierna a los suyos a base de emanar leyes que éstos deban guardar, lo hace comunicando su misma capacidad de amar. Con Jesús, el creyente no es ya más aquél que obedece a Dios observando sus mandamientos, sino aquél que se asemeja al Padre practicando un amor similar al suyo. Por tanto, una ley divina, ¡no!. Ahora bien, está claro que para favorecer la vida, la comunidad tiene necesidad de autoconcederse reglas y estructuras que sean a favor de la vida de los participantes. Reglas que no opriman, sino que estén hechas para facilitarle la vida a todos. El problema surge cuando esas normas se absolutizan y se convierten en leyes inmutables. De este modo, lo que significaba en su origen una ayuda necesaria para el buen funcionamiento de las cosas, para la armonía dentro de los grupos humanos, pasa a convertirse en una rígida imposición. Ahora hay que observar dicha regla porque “siempre se ha hecho así”, aunque tal vez en este momento haya dejado de ser útil. Si las reglas y estructuras en vez de facilitar, complican o impiden la vida, deben ser abandonadas.

Dentro del hebraísmo existe también una importante corriente de pensamiento y de espiritualidad muy cercanos a nosotros. Autores como Martin Buber o Levinas dan una visión del hebraísmo muy distinta de aquella que con frecuencia nosotros criticamos.

Si, existe una corriente místico-espiritual en el hebraísmo. Resulta, sin embargo, bastante peligrosa, ya que tiende a anular la gran novedad del mensaje de Jesús, vaciando sus contenidos. Para ellos, Jesús no era más que un pío hebreo que observaba todas las leyes, casi afín en su pensamiento a la secta de los fariseos. En su enseñanza no aportó nada nuevo, pues no hay ninguna palabra suya de la que no se puedan encontrar huellas o bien en los libros del Antiguo Testamento o bien en los escritos del Talmud, y además tampoco realizó nada nuevo. ¿Por qué fue asesinado?. Bueno, fue un simple accidente, cosas que pueden suceder... ¿Véis?, esta visión de las cosas me parece que entrañe mucho peligro para nosotros, ya que si lo planteamos de este modo, carece de sentido el hacerse cristianos y seguir a Jesús. Bastaría acoger la religión de Moisés. Jesús, en cambio, vino a traer una novedad clamorosa, extraordinaria, aun para el mundo de hoy, por lo que sería realmente una pena vaciarla y reducir su contenido.

---

## Tercer encuentro

## Mc 3,1-7; 10,17-22

Ayer, en respuesta a una de vuestras preguntas, se decía que los evangelistas no pretenden entrar en polémica con el mundo hebreo del cual se habían ya desligado, es

decir, con la sinagoga. Si ellos acentúan a propósito ciertas expresiones y determinadas situaciones, es porque perciben el riesgo de que dentro de la comunidad cristiana vuelvan a surgir las prácticas y actitudes propias de la religión. Por religión se entiende una relación con Dios basada en la ley. Jesús ha venido a inaugurar, a instituir una nueva relación con Dios basada, en cambio, en el amor. El tipo de relación basada en la ley había sido establecida por Moisés. El, el siervo de Dios, instituyó una alianza entre siervos y su señor. Pero Jesús no, Jesús no es el siervo de Dios, es el Hijo de Dios, y ha venido a inaugurar una alianza nueva, o sea, una relación entre hijos y su Padre. Mientras que en la religión, en la alianza de Moisés, la relación de estos siervos con su señor se basaba en la obediencia a sus leyes, la relación entre los hijos y su Padre se basará en la semejanza al amor de éste.

Hoy veremos cómo Jesús se decide a entrar de nuevo en una sinagoga. La primera vez que entró, su discurso fue interrumpido bruscamente por una persona partidaria de la doctrina de los escribas. Esta persona, al constatar que la enseñanza de Jesús echaba por tierra los fundamentos de cuanto había creído hasta ahora, poniendo en grave crisis su propia fe, reacciona gritando: “¡Has venido a acabar con nosotros!”. El evangelista define a esta persona poseída por un espíritu impuro. En otras palabras, se trata de un hombre que ha aceptado de forma acrítica la enseñanza religiosa, y que, cuando siente que la misma vacila desde sus cimientos, ve peligrar su propia integridad. Jesús lo libera con la fuerza de su palabra.

La segunda vez que Jesús entra en una sinagoga sucede igualmente una tragedia. Estamos apenas en el capítulo tercero de Marcos, justo en los comienzos de la actividad narrada por el evangelista. Bien, como conclusión del episodio que veremos, se tomará ya la decisión de ajusticiar a Jesús. Jesús es un sujeto peligrosísimo, porque es mucho más que un profeta que pretenda instaurar una nueva relación del hombre con Dios. El es el hombre-Dios, que opta por salir del ambiente de la religión para mostrar hasta qué punto estaba podrida la vía que se consideraba privilegiada para la relación con Dios, mientras que en realidad se había convertido en un obstáculo insalvable. Penetremos, pues, en el texto y veamos qué escribe Marcos en el capítulo 3 de su evangelio.

“Entró de nuevo en una sinagoga” (Mc 3,1). Tres veces Jesús entrará en una sinagoga, y todas las veces surgirá un incidente. Los lugares religiosos, los ambientes sagrados, las personas religiosas son los enemigos más peligrosos para Jesús. El, el Hijo de Dios, aquél que se comporta en la tierra como Dios, se encontrará a gusto en compañía de pecadores y no creyentes, mientras que sentirá alergia hacia los enclaves centrales de la religión. “Entró de nuevo en una sinagoga. Había un hombre...”. La primera vez que entró, se topó con un hombre con un espíritu impuro. En ese recinto, los escribas enseñaban toda la división entre lo puro y lo impuro, pero, en realidad, era el lugar mismo el que hacía impuras a las personas. “Impuro” quiere decir imposibilidad de acceso a Dios. Ahora, la segunda vez que entra en la sinagoga, encuentra “un hombre con el brazo...”. El artículo determinado “el” en griego indica el brazo diestro, el que posee más fuerza, el más importante. El evangelista escribe literalmente “seco”. ¿Por qué usa este término?. Marcos alude aquí al profeta Ezequiel quien en su libro (capítulo 37) tiene una visión acerca de su pueblo, Israel, en la que contempla esta imagen: “Nuestros huesos se han secado, nuestra esperanza se ha desvanecido, estamos perdidos” (Ez 37,11). Y añadía el autor: “estos huesos son toda la gente de Israel”. En esta visión profética, los huesos secos, por consiguiente, representan el pueblo elegido. ¿Qué quiere decir “huesos secos”? Son huesos a los que se ha desprovisto de todo el espíritu o sea, sin vida. Por esto, Ezequiel debe invocar el espíritu para que se reanimen estos huesos y este pueblo.

Marcos interpreta el texto de Ezequiel atribuyendo la falta de vida, la aridez de

este hombre, a su estado de sumisión a la enseñanza religiosa que proporcionaban los fariseos. Recordemos que cada vez que encontramos personajes anónimos, no se habla tanto de la condición de un individuo particular cuanto del pueblo, como en el caso de la mujer con pérdidas de sangre desde hacía doce años, doce como las tribus de Israel. Los fariseos habían conseguido extrapolar de la ley nada menos que 613 preceptos que era necesario observar para serle gratos a Dios. Esto hacía bien ardua la vida de las personas. Por mucho que se esforzaran, nunca estaban en paz con Dios. Marcos expone los efectos nefastos que la institución de la sinagoga, regida por los escribas y fariseos, producían en la gente. En el primer caso, un hombre dominado por un espíritu impuro, en el segundo, una persona sin vida. La parálisis de la actividad, la incapacidad de iniciativa y de creatividad de este hombre que representa al pueblo, son un efecto de la enseñanza de los fariseos. En vez de ayudarlo a realizarse según el designio de Dios, la sinagoga, usando el nombre de Dios y su ley, lo ha privado de vida. He aquí el efecto desastroso de la enseñanza religiosa, que de por sí debería vivificar al individuo, pero que en la práctica le sustrae la linfa vital.

Y continúa el evangelista: “Estaban al acecho”. Por ahora no dice de quién se trata, más tarde sabremos que se refiere a los fariseos. Es interesante apreciar cómo estas pías personas, inmersas siempre en sus devociones, que además –por si fuera poco- tenían 613 reglas que observar, cuando están en el lugar del culto no se dedican precisamente a alabar al Señor, sino que están pensando en deshacerse de alguien, en este caso de Jesús, pues se presenta como su enemigo. “Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábado y así tener de qué acusarlo” (Mc 3,2). Los fariseos usan la ley como un instrumento para denunciar y para matar. En sus manos, la ley es, por una parte, un instrumento que paraliza al pueblo, por otra, un instrumento para acusar a quienquiera o se contradecirlos. A las autoridades religiosas y espirituales no les importa absolutamente nada el bien de la gente.

El evangelista lanza una denuncia tremenda que, repito, es sobre todo una advertencia dirigida a la comunidad cristiana. A las autoridades les interesa solo su prestigio y su poder. En este caso, saben que Jesús puede curar a esta persona enferma, pero no les interesa el bien del individuo. Quieren solo comprobar si Jesús observa el reposo del sábado, día en que incluso Dios observaba el mandamiento del descanso; la observancia de tal mandamiento equivale a la observancia de toda la ley y la transgresión del mismo equivale a la transgresión de toda la ley, extremo para el que estaba prevista la pena de muerte. En el libro del Exodo se establece que: “Observareis, pues, el sábado, porque lo debéis considerar santo. Quien lo profane, será reo de muerte” (Ex 35,2). A los fariseos no les importa la situación del pueblo, –representado por este hombre- privado de su libertad y de la vida a causa de la sumisión a sus enseñanzas. Jesús sabe que está corriendo un grave riesgo, pero para él, igual que en el caso del leproso, devolver la vida a quien carece de ella es más importante que proteger la propia vida. Jesús, tocando al leproso, ha quedado infectado, impuro, pero acepta ser deshonrado por los hombres con tal de honrar a Dios, y honrar a Dios consiste siempre en comunicar vida a las personas. Jesús es consciente de aquello que va a realizar y de las consecuencias que comportará, pero no le interesa el desenlace. Dirigiéndose al hombre del brazo seco exclama: “Levántate”. El verbo empleado por el evangelista es el mismo que después usará referido a la resurrección de Jesús. Por tanto, se podría traducir: “¡resucita!”. La religión te ha privado de la vida. ¿Por qué la religión puede llegar a tener este efecto?. Porque cuando se presenta un Dios que controla cada momento de la existencia del ser humano, que escruta también en su interior, dispuesto a juzgar y a condenar por la más mínima cosa, el hombre queda como paralizado. El hombre tiene miedo de moverse porque, por mucho que intente comportarse adecuadamente, sabe bien que existe la esfera de la impureza y del pecado. Es muy

importante –y para esto Jesús ha entregado su vida- tener un concepto justo y adecuado de quién es Dios.

Las falsas concepciones acerca de Dios pueden destruir a las personas. Todos conocemos la parábola de los talentos (Lc 19,11-27). Aquél que entierra el don que Dios le había hecho lo hace porque “tenía miedo de ti, que eres un hombre severo y tomas lo que no pusiste y cosechas lo que no sembraste” (en otras palabras, la imagen de un déspota, que es exactamente lo contrario de lo que aparece en la parábola). En la parábola, el propietario aparece extraordinariamente generoso; de hecho, no solo entrega un capital enorme a sus obreros, sino que a su regreso ni siquiera se lo reclama. Es más, les invita a tomar parte de su patrimonio, porque han sido valientes para hacer fructificar los dones recibidos. Es, pues, un patrón generoso al máximo, pero el falso concepto que este hombre tenía de él le ha impedido realizar su existencia. En la parábola Lucas escribe que este hombre conserva el don recibido en un “lienzo” o pañuelo. El término griego es “sudario”. El sudario era un rectángulo de lino que se colocaba sobre el rostro del cadáver para no presenciar su descomposición. El evangelista está indicando algo muy grave. Puede existir una vida aparentemente virginal cubierta con un sudario, un velo inmaculado, pero debajo hay solo putrefacción. Una vida que no se usa para los demás, aun cuando pueda aparecer externamente inmaculada e intacta, en realidad es una vida podrida. ¡Qué tragedia si tan dramático fin se debe al temor de Dios, al temor de equivocarse!. En este sentido estamos ante un párrafo muy esclarecedor. Un falso concepto de Dios hace que muchas personas no realicen la propia existencia como podrían hacer, quedando tristemente “secas”. Hay personas que no crecen, se amputan y sofocan a si mismas en la esfera afectiva y sexual por temor al error, por miedo de un Dios siempre dispuesto a castigar.

El mensaje de Jesús permite que incluso estas personas, jorobadas bajo el peso de la ley, puedan resucitar. No solo, Jesús ordena: “Levántate, ven aquí en medio” (Mc 3,3). Nos hallamos en la sinagoga y en el centro simbólico de la misma está la ley. Todos deben estar orientados en dirección hacia la ley. Para los fariseos, la bondad de una acción está determinada por su relación con la ley. Si la observo, me estoy comportando bien sin duda alguna; si la transgredo, entonces estoy cometiendo una falta grave. Bien, Jesús, situando a este hombre en el centro, establece que el criterio para distinguir el bien del mal dentro de la comunidad cristiana no sea ya ninguna ley, sino el mismo hombre. Todo aquello que hace bien al hombre es lícito, aunque exista una ley contraria que pueda provenir incluso de Dios. Si beneficia al hombre, hay que hacerlo; y al contrario, todo cuanto va en detrimento del hombre, es necesario evitarlo. Lanza así un reto atrevido, porque para él la institución debe estar al servicio del hombre, siendo éste el único criterio de su validez. Cuando la institución religiosa coloca el bien del hombre en el primer lugar, entonces es acertado entrar en sintonía con ella; en caso contrario, es necesario abandonarla. Jesús les desafía: “¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal?. Contrapone lo que él desea hacer con lo que los fariseos pretenden, “¿salvar una vida –o sea, lo que él hace con esta persona que ha resucitado- en vez de destruirla?”.

“Pero ellos callaban”. El silencio de los fariseos es elocuente. No solo no toleran que se haga el bien al hombre devolviéndole la capacidad de libertad y de acción que Dios le ha concedido, sino que amenazan con matar a quien pretende solo liberarlo. No pueden admitir que en sábado esté permitido hacerle bien al hombre. Ellos enseñaban que en sábado no se puede ni tan siquiera remojar en agua fresca un brazo o una pierna fracturados. Por tanto, para honrar a Dios, se deshonra al hombre. Este es el fruto de la ley. Y por otro lado, si admitieran que en sábado se puede hacer el mal, desenmascararían sus pretensiones verdaderas.

Por fariseos se entienden todas aquellas personas para las cuales la relación con

Dios es más importante que la relación con los hermanos. Es fácil encontrar ese tipo de personas, son esas personas que ante situaciones de sufrimiento, desazón, necesidad de ayuda, dicen: “me acordaré de ti en la oración”, “pediré por ti”, y luego marchan tan tranquilos. Prefieren pasar la vida dedicados al culto, a la oración, antes que remangarse las mangas para ayudar al otro. El Espíritu Santo no desciende cuando se elevan las manos en plegaria, actúa cuando se bajan las manos para ponernos al servicio de los otros. Para los fariseos, la fidelidad a Dios no tiene nada que ver con el bien y con el interés del hombre; para ellos importa solo salvar la obediencia a lo que proponen como voluntad de Dios, que es en realidad el fruto de sus intereses mezquinos.

Este versículo es importante porque es la única vez en todo el evangelio en que asistimos a la ira de Dios. La situación, evidentemente, evoca una gran tensión. El evangelista escribe: “Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón...” (Mc 3,5). El hombre y Jesús están en el centro; Jesús dirige su mirada alrededor de la sala –los bancos estaban alineados junto a las paredes- y los contempla con ira. La única vez que se habla de la ira de Jesús no es precisamente contra los pecadores, hacia los cuales –al revés- nutre siempre sentimientos maternos. Hemos visto en la purificación del leproso cómo Jesús es movido a compasión, se enternece ante él, se estremece, sufre como un “trastorno” en sus vísceras maternas de tanto amor que experimenta. La única vez que Jesús siente ira hacia alguien es hacia los fariseos, los santos de Israel, personas que gozaban de tanta reputación. Siente ira, una ira que corresponde al mal que hacían los fariseos, sometiendo al pueblo e impidiendo su desarrollo humano genuino. En nombre de Dios, ellos no permiten que la gente crezca. Además de ira, Jesús prueba tristeza. Tristeza por la ceguera incurable de sus mentes, por ellos que –como denuncia el profeta Isaias- llaman bien al mal y mal al bien a fin de cubrir sus intereses. Ambas reacciones surgen de su amor hacia el pueblo. No soporta que precisamente aquellos llamados “guías de ciegos” –uno de los títulos de los fariseos- cieguen al pueblo. En suma, la ira de Jesús viene de su convicción que el pueblo no crece debido a una falsa imagen de Dios. La tristeza nace por el amor que Jesús nutre también hacia los fariseos. Son incurables, peor que los pecadores, porque están oprimidos, pero a la vez oprimen a los otros.

Jesús “le dice al hombre: ¡extiende la mano!”. Es consciente de correr un riesgo grande. Se hace reo de la pena de muerte. El evangelista compara aquí dos tipos de conducta. Los fariseos, las personas religiosas, quitan la vida a los hombres en función de sus intereses. Jesús está dispuesto a entregar su propia vida por salvar los intereses de los hombres. “El lo extendió y quedó restablecido su brazo”. El verbo es importante porque nos permite comprender mejor lo que ya habíamos intuido. “Quedó restablecido” significa literalmente “volvió a la normalidad”. El hombre no había nacido con el brazo paralizado, previamente tenía el brazo normal. ¿Cómo es que se le había quedado seco?. A causa de haber frecuentado la sinagoga. ¡Cuidado, pues, con los lugares de culto!. Hacen impuras a las personas o bien las “agostan”, las dejan secas, carentes de linfa vital. Es éste el núcleo del mensaje del evangelista: los lugares de culto, los lugares religiosos, en los que Dios resulta más importante que el bien de los hombres, donde el culto a Dios ostenta la prioridad respecto al servicio a los hombres, son peligrosos. La primera vez que Jesús entra en una sinagoga encuentra al hombre poseído por un espíritu inmundo, la segunda vez se topa con un hombre carente de linfa vital debido a su frecuentar la sinagoga. Es mejor no entrar en un lugar de culto, antes que estropearse para siempre. Cuanto más lejos están las personas de los centros de culto, cuanto más distantes se hallan de la religión, más libres son para acoger al Señor cuando se presenta en sus existencias. Esta es la característica realmente desconcertante que hallamos en los evangelios.

“En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos” (Mc 3,6).



Esta unión es del todo absurda, no tiene pies ni cabeza. Los fariseos eran los santos de Israel, vivían con infinitas complicaciones una vida hecha de devociones y de reglas. Los herodianos eran todo lo contrario. Sostenían a Herodes Antipas y vivían –como se decía entonces- según el estilo griego, de manera disoluta, sin observar ley alguna. Entre los fariseos y los herodianos existía una enemistad mortal, se detestaban mutuamente. Los fariseos decían que todos los males de Israel eran culpa de los herodianos, los herodianos no soportaban los sermones que continuamente les dirigían los fariseos. Ahora se encuentran ante un peligro común para ambos grupos. Jesús representa un grave peligro no solo para la institución religiosa, también la autoridad civil se siente amenazada. Siempre una tiene necesidad de la otra. El poder religioso siempre tiene necesidad del político a fin de transformar en leyes los propios preceptos religiosos y hacerlos observar y, por otra parte, el poder civil siempre tiene necesidad de la religión para imponer las propias leyes y, sobre todo, para mantener sometido al pueblo.

Entonces, “...se confabularon...para ver como eliminarle” (Mc 3,6). Como decíamos antes, estamos apenas al inicio del capítulo tercero. Jesús ya ha sido condenado a muerte. “Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar”. Se dirigen al mundo pagano. Entre los paganos, es decir, las personas más alejadas de Dios, encontrará siempre acogida y fe; en el mundo judío, a medida que se acerca a los lugares de culto, más ocasiones de peligro encontrará. Todas las veces que Jesús conseguirá huir de un intento de lapidación será en el contexto del templo de Jerusalén. El lugar considerado como el más santo de la tierra se convierte en el más peligroso para el Dios que se manifiesta en Jesús.

Concluamos ahora nuestras reflexiones con el análisis de un fracaso de Jesús. Hemos visto que él es el hombre-Dios, es decir, el hombre que, llevando al máximo su potencialidad de amor, atrae de modo irresistible el amor de Dios, que desciende sobre él con el Espíritu. Jesús, lo quiera o no, transmite siempre vida.

Ayer contemplamos el episodio de la mujer hemorroisa que no solicita a Jesús ser curada, pero que al tocarlo, la vida rebosante de Jesús se transmite también a ella. Jesús consigue purificar el leproso y a la persona poseída por un espíritu impuro, pero existe una clase de personas, una categoría humana refractaria totalmente a su acción. La veremos a continuación, con el estudio de un episodio importante, porque aunque esta posibilidad desbordante de vida está a disposición de todos, puede existir un factor que lo impida, nos dirá el evangelista.

Leamos el episodio a partir de Marcos 10,17. “Se ponía ya en camino cuando uno...”. El evangelista crea expectación, solo al final sabremos quién es esta persona anónima, este “tal” que introduce Marcos. Nos da, con todo, un par de indicaciones que nos hacen comprender que esta persona no estaba muy bien.

“Corrió a su encuentro...”. En este evangelio solamente corre en dirección a Jesús el endemoniado, o sea, alguien que está poseído por una fuerza que no le permite saborear la libertad. El evangelista llama nuestra atención sobre este hecho. “Y arrodillándose ante él...”, como había hecho el leproso. ¿Recordáis?. Se consideraba al leproso un maldito de Dios. Por tanto, este hombre que va hacia Jesús corriendo y que se le arrodilla delante representa alguien que no es libre y que de alguna manera vive en una especie de maldición de parte de Dios. “...le preguntó”. Es difícil traducir el adjetivo que viene a continuación; sería algo así como “maestro excelso”, “maestro insigne”, pero nunca “maestro bueno” como generalmente se traduce. Cuando un adjetivo califica un nombre que denota una función, no indica la bondad o la maldad de la persona, sino su excelencia. Así pues, cuando a “maestro” se le añade el calificativo “bueno”, significa que se trata de un maestro excelente, el máximo entre los maestros.

Este hombre dice a Jesús: “maestro excelso, ¿qué debo hacer para tener en herencia la vida eterna?”. He aquí la razón de la angustia de este individuo que corre. En Oriente no se corre nunca, correr es señal de deshonor, de mala educación, pero esta persona está muy angustiada. ¿Cuál es la razón de su angustia?: “¿qué debo hacer para tener en herencia la vida eterna?”. Y se dirige a Jesús, que nunca habla espontáneamente de la vida eterna. Si hay un argumento que no interesa a Jesús, es precisamente el de la vida eterna. El no ha venido a indicar un camino para el más allá, sino un modo de vivir para transformar el aquí y el ahora, nuestra realidad concreta. Aquí, en nuestro ámbito preciso, es donde desea actuar, pues ha venido a traer el Reino de Dios, esto es, la transformación de las relaciones entre los hombres. A Jesús el más allá le trae sin cuidado, solo habla al respecto cuando se lo reclaman expresamente un determinado tipo de personas. Veremos quiénes son esas personas.

Jesús pone distancias. “¿Por qué me llamas excelso?. Nadie es excelso, sino Dios solo” (Mc 10,18). Le invita a beber en las fuentes, le sugiere ver lo que Dios ha dicho para obtener la vida eterna, y continua: “Ya conoces los mandamientos”. Es inútil que este hombre le pregunte qué debe hacer para la vida eterna, ya lo ha dicho Moisés. Jesús no ha venido a indicar el camino para la vida eterna, sino un modo de cambiar la sociedad. “Tu conoces los mandamientos”. En este momento, hace una lista de cinco mandamientos más un precepto tomado del libro del Deuteronomio (Dt 5,16-20). Pero es ésta una respuesta sorprendente. Probablemente vosotros sabéis que los Diez Mandamientos, es decir, las Tablas de la Ley, venían presentadas de esta manera: en una tabla estaban escritas las obligaciones con respecto a Dios, los tres mandamientos más importantes; en la otra tabla, los siete deberes relacionados con los hombres. Pero no había ni punto de comparación entre ambas tablas. La primera era mucho más importante. Pues bien, en su respuesta, Jesús no cita para nada la primera tabla. ¡Esto es desconcertante!. Quiere decir que para obtener la vida eterna no importa la actitud que hayas tenido con relación a la divinidad, hacia la religión (si has rezado o no, si has creído o no...), sino la conducta observada en relación a las otras personas. Jesús se los recuerda, se trata todas ellas de acciones con las que se daña a los individuos: “No matar, no cometer adulterio, no robar, no levantar falso testimonio...” (Mc 10,19). “No levantar falso testimonio” no quiere decir, como banalmente se suele decir, la mentira. Se habla aquí del testimonio en el tribunal de justicia, cuando un falso testimonio puede servir para condenar a una persona. Y aquí Jesús, casi con desenvoltura, introduce algo que de por sí no es un mandamiento, pero que él eleva a tal categoría: “no cometer fraudes”. Esto está tomado del libro del Deuteronomio, donde se pedía al dador de trabajo que no engañase a sus empleados. Está escrito: “No explotarás al jornalero humilde y pobre, le darás cada día su salario, sin dejar que el sol se ponga sobre esta deuda” (Dt 24,14). Por tanto, para Jesús la prohibición de defraudar al propio asalariado tiene el mismo valor del no matar y del no robar. Por último: “honra a tu padre y a tu madre”. Honrar al padre y a la madre no indica el respeto debido a los progenitores. En aquella época, obviamente, no existían las pensiones sociales, por lo que los padres ancianos estaban completamente a cargo del hijo primogénito. Por eso, mantener de un modo decoroso a los progenitores quería decir honrarles, dejarles en la miseria significaba deshonorarles.

Pero ¿por qué Jesús introduce entre los mandamientos también esta referencia al fraude?. Porque, como veremos, quien le ha hecho la pregunta es una persona poseedora de muchos bienes. La denuncia del evangelista es que es rico quien ha engañado. Si no lo ha hecho él, lo habrá hecho su padre, o bien su abuelo. La riqueza no se amasa sin malas artes. Jesús denuncia la avaricia y la avidez de quien daña a otras personas por el propio interés.

“El, entonces, le dijo: Maestro, todo eso lo he observado desde mi juventud”

(Mc 10,20). El rico se siente satisfecho, se siente aliviado. Es lo que diríamos “un buen cristiano”, como aquellas personas que cuando vienen a confesarse dicen: “Matar no he matado, robar no he robado...”, y les parece que su aureola brille con mayor intensidad. Pero ¿cómo se explica que esta persona, siendo tan religiosa, esté angustiada por la vida eterna?. Y he aquí que le toca encajar un duro golpe, es como una ducha fría. No se esperaba la respuesta con que Jesús le obsequia. Se esperaba un cumplido, que Jesús le dijese: “Bravo”. Pero “Jesús, fijando en él su mirada...”. Fijar la mirada en una persona significa entrar dentro, observar aquello que no se revela en la apariencia, sino en la interioridad. “Fijando en él su mirada le amó (le demostró su amor)”. ¿Recordáis?. Hemos venido insistiendo en la idea que Jesús es la manifestación visible de un Dios no bueno, sino exclusivamente bueno, de un Dios amor que desea comunicarse. Jesús hace la propuesta de amor a todos sin distinción, demuestra también su amor hacia este hombre diciéndole: “Te falta todo”. Literalmente, el texto griego dice: “Uno te falta”. ¿Qué quiere decir?. Parecería que Jesús le está felicitando por las muchas cosas que ha venido haciendo bien, y que le faltaría solo la guinda que colocar sobre el pastel. Pero no es así. En la mentalidad hebrea, cuando a una unidad decimal le falta el uno, es como si no hubiera nada más. Cuando el pastor que posee cien ovejas pierde una, es como si lo hubiese perdido todo (Lc 15,17). Si al número cien le quitamos el uno, quedan solo dos ceros. La mujer que tiene diez monedas, pierde una. Quitándole el uno al diez, resulta que la mujer se queda con cero (Lc 15,8-10). “Uno te falta” equivale a no tener nada. Entonces, Jesús, que lo ha mirado con amor, constata entristecido que le falta todo. El hombre es rico, es religioso, tiene los dos elementos que deberían garantizarle la serenidad y la certeza de la vida, y, sin embargo, aparece angustiado. Se sigue de ello que ni la religión ni los bienes dan serenidad a las personas. Y le da un consejo: “Vende cuanto tienes y dáselo a los pobres”, en otras palabras, “siéntete responsable de la felicidad de los otros”.

Aquí Jesús introduce un cambio maravilloso que, solo quien lo ha experimentado sabe hasta qué punto es ventajoso: “así tendrás tu seguridad en Dios (=un tesoro en el cielo); luego, ven y sígueme” (Mc 10,21). Le hace la siguiente propuesta: si te ocupas de la felicidad y del bienestar económico de los otros –o sea, entregas tus riquezas a los pobres- verás cómo Dios se ocupará de tu felicidad y de tu seguridad. Es un cambio extraordinario, en línea con la novedad que acarrea todo el evangelio: “no os preocupéis por vuestra vida. Ocupaos del bien de los otros y Dios se encargará de proveer a vuestras necesidades”. Propone a este rico tan angustiado que coloque su seguridad no en la religión, ni en la cuenta bancaria, sino en Dios, a base de ocuparse de la felicidad de otras personas. Haciendo así, el Padre abrirá sus manos generosas. Este hombre estaba preocupado por su felicidad en el más allá. Jesús le dice: “haz que se abaje tu mirada y se fijen tus ojos en tu alrededor; no mires al más allá, mira más bien cuántas personas en torno a ti tienen necesidad de tu ayuda para ser más felices y vivir más serenamente”. El hombre en cuestión ha guardado los mandamientos, los cuales prescribían prohibiciones: “no hagas esto, ni esto otro”. Jesús le invita a tener una actitud positiva, creativa. No es suficiente no hacer el mal a los otros, es necesario hacer el bien. No basta no asesinar, es necesario comunicar vida al otro. No se puede conformar uno con no robar, hay que llegar a sentirse responsable del bienestar económico del otro. No se trata de practicar un amor pasivo, que no hace daño, sino un amor activo: hacer el bien preocupándose de la felicidad de los otros. Todo esto es fruto de la mirada de amor con la cual ha mirado a este individuo. Este hombre que parece rico, para Jesús es en realidad un pobre necesitado de todo.

Entonces le demuestra su amor diciéndole: “¿Quieres ser feliz?. Para alcanzar la felicidad, ocúpate del bien de los otros”. “Pero él, abatido por estas palabras...” (Mc 10,22). ¡No se os ocurra tocarle al rico sus intereses!. Cambian en seguida de cara, os

miran con malos ojos, porque ven cada persona y cada situación como una amenaza a su riqueza. “Abatido por estas palabras (literalmente: “se le oscureció el rostro”)”. Notad la reacción. Jesús brilla de amor, le demuestra la plenitud de su amor, y a este hombre se le oscurece el rostro. La luz no consigue penetrar las tinieblas. “Se marchó entristecido”. Su encuentro con Jesús no ha sido demasiado beneficioso. Cuando lo encontró, estaba angustiado, ahora se aleja entristecido.

Y he aquí la conclusión, que por fin el evangelista expresa claramente: “Porque tenía muchos bienes”. Mientras que el leproso, tras el encuentro con Jesús, fue purificado, el rico –con tal de no renunciar a cuanto posee- elige una vez más al dios dinero, un dios que acaba destruyendo a todos cuantos a él se confían. Este hombre prefiere quedarse angustiado, triste, afligido, pero no desprenderse de sus riquezas. “Es más importante que los bienes permanezcan en mis manos”. El elemento que debía garantizarle la felicidad se ha transformado en una fuente de tristeza. Según los evangelios, pero también en la línea de toda la sabiduría bíblica, el rico no es dueño, sino esclavo de los propios bienes. El rico cree que posee la riqueza, pero son las riquezas las que lo poseen a él. Es éste el drama. La riqueza debería garantizar la libertad del individuo, pero en la práctica lo convierte en esclavo. Así pues, la angustia de este hombre no tenía nada que ver con la situación de la gente –el rico, en cuanto tal, es egoísta- sino que brotaba solamente de su deseo de asegurarse la vida eterna a toda costa. Jesús le había propuesto un cambio que habría podido resolver también su pregunta inicial.

Hemos dicho que Jesús no habla nunca de la vida eterna de modo espontáneo, pero cuando lo hace, afronta el tema de un modo totalmente distinto a la tradición religiosa hebrea. En el mundo hebreo, la vida eterna era un premio que se obtenía después de la muerte por la buena conducta observada durante la existencia. Para Jesús no es así. Él dice que la vida eterna no es un premio, sino una cualidad de vida que se puede obtener aquí, en esta tierra. Jesús dice: “¿Pero por qué esperar hasta el más allá?. Es algo que puedes vivir ya aquí, en el presente si te ocupas de los otros”. Dado que Dios es quien se ocupa del bien de los hombres, todos aquellos que se ocupan concretamente –no basta recordarlos en las oraciones- del bien de los hombres tienen dentro de sí una vida de una cualidad tan alta que se llama eterna, porque en sus acciones son de algún modo semejantes a la actividad de Dios. La eternidad no se refiere a la duración de esta vida, sino a una cualidad que es indestructible. Jesús, de hecho, cuando habla de la vida eterna, nunca lo hace usando los verbos en futuro. Nunca dice: “Compórtate bien y gozarás de la vida eterna”. Dice que aquél que cree goza ya de la vida eterna. Quien opta por adherir a su enseñanza, tiene la vida eterna. Esta era precisamente la propuesta que le había hecho al hombre rico: “Desembarázate de estas riquezas que te convierten en siervo. Se una persona libre, ocúpate del bien de los otros y verás que ya no pondrás más empeño en saber cómo hacer para obtener la vida eterna, porque haciendo el bien a los demás experimentarás dentro de ti una riqueza, una plenitud de vida tal que comprenderás que ni siquiera la muerte puede destruir una potencia vital tan grande”. Los Hechos de los Apóstoles recogen una frase de Jesús ausente de los evangelios: “Hay más alegría en el dar que en recibir” (Hch 20,35). Se trata de hacer la experiencia. Quien da a los otros, quien se ocupa de ellos, siente dentro de sí la presencia de una energía, una carga de amor que no puede provenir solo de los propios esfuerzos y del propio compromiso, sino que es un don del Espíritu Santo que hace al hombre eterno.

Alberto, me pregunto sobre el significado de la Eucaristía dentro de este panorama de fe que nos has presentado. ¿Podrías comentar algo al respecto?

¿Qué es la Eucaristía?. Hemos dicho que el Dios que Jesús nos presenta no reclama del hombre ningún tipo de culto; por consiguiente, la Eucaristía no puede

constituir el momento en que la comunidad cristiana dirige su culto a Dios. Hemos visto cómo Dios no pide nada, es él quien lo da todo. A lo largo de los evangelios hallamos diversos indicios preciosos que nos permiten entrever qué es la eucaristía. Uno de estos elementos es cuando Jesús dice: “Imaginaos un propietario que regresa a casa bien entrada la noche. Si encuentra a sus siervos aun en pie, ¿qué hará?”. La respuesta lógica sería: “hará que le sirvan”. Pero el evangelio dice en cambio: “hará que se sienten y pasará él a servirles”. Esta es una imagen hermosa de la Eucaristía. No se trata del momento en que la comunidad se reúne para dar culto a Dios, culto que Dios no desea porque no tiene necesidad. En ella somos siervos –no del Señor, porque el Señor no tiene siervos; nosotros somos hijos de Dios, no siervos- de los propios hermanos. Cada uno de nosotros es invitado a poner la propia vida al servicio de los otros. Ponerse al servicio no solo no implica ninguna pérdida de dignidad, sino que permite adquirir la auténtica dignidad, la divina, porque Jesús es el Dios al servicio de los hombres. Hemos iniciado estos encuentros con la frase de Jesús: “No he venido a ser servido, sino a servir”. Así pues, si nos encuentra en pie, dedicados al servicio de los otros, el Señor nos invita a sentarnos: “ahora paso yo a comunicaros nuevas energías y capacidad de amor para continuar adelante con el servicio”.

Esto es la Eucaristía: no el momento del culto a Dios, sino el momento privilegiado, importantísimo, en el que Dios pasa a servirnos, comunicándonos su misma capacidad de amor y sus energías vitales, para que después las transmitamos a los otros. Y el momento culminante de la Eucaristía es aquél en el que Jesús, el Hijo de Dios, se hace pan para que cuantos lo comen y se hacen pan para los otros, se conviertan también ellos en hijos de Dios, es decir, se trata de la transmisión a cada individuo de la misma vida de Dios. Esta es la Eucaristía. Si la celebráramos así, la Eucaristía transformaría la vida de las personas.

Son ya muchos los extranjeros de otras religiones que viven entre nosotros; a veces me pregunto qué pensarán de las personas que salen de misa los domingos. Pensarán que salen de la oficina de los impuestos: caras tristes, serias, aburridas. ¡Ojalá pudieran ver que las personas salen sonrientes, radiantes, transformadas, llenas de entusiasmo...!. En una palabra, la Eucaristía es válida y tiene efecto cuando al salir de la iglesia estamos más contentos que cuando entramos. Si salimos radiantes, es señal de que se ha tratado verdaderamente de una Eucaristía, porque hemos experimentado que el Señor se ha puesto a nuestro servicio y nos ha comunicado sus mismas energías.

En el contexto de la contraposición entre fe y religión, hiciste ayer una reflexión que me resultó extremadamente interesante. Dijiste que la advertencia que Jesús hace no supone tanto una invectiva contra un sistema del cual los cristianos se habían ya desligado, sino que estaba dirigida hacia la comunidad cristiana, para que no degenerase en ese sentido. En un momento hiciste referencia a las palabras de Jesús dirigidas a los apóstoles. He sentido mucha curiosidad al respecto. Comentabas que los apóstoles no siguen a Jesús, tan solo lo acompañan. Me pregunto cuál era su aspiración real, qué es lo que les movía a acompañarle. ¿Lo veían acaso como un continuador de la tradición hebrea, aunque con rasgos más populares?. ¿Buscaban a través de él un camino para entrar en la ortodoxia?. Veían en él a uno que podía liberarles, pero manteniendo para ellos ciertos privilegios o la posibilidad de acceder a los mismos?.

Jesús fue traicionado y abandonado por todos sus seguidores. Dentro de poco celebraremos la festividad del Domingo de Ramos, y recordaremos ese episodio tan desconcertante. ¿Cómo pudo ser que toda aquella multitud que acogió a Jesús gritando “Hosanna al Hijo de David”, después de solo unas cuantas horas cambiara su grito por el de “Crucifícalo!”?. Y ¿cómo es posible que Jesús fuera abandonado por todos sus discípulos?. La razón es ésta: ellos esperaban y seguían al hijo de David.

¿Qué significa hijo de David?. Israel estaba bajo la dominación de una potencia extranjera. El pueblo esperaba la venida del Ungido del Señor, el Mesías, un hombre que en realidad no se sabía bien si sería o no el hijo de Dios, porque en el mundo hebreo no se admitía este concepto. Sea como sea, se esperaba la venida de un hombre investido de autoridad divina, que iba a liberar al pueblo de las dos dominaciones que lo oprimían: la dominación romana y la dominación de los sumos sacerdotes, que estaban corrompidos del todo. A su llegada, el Mesías iría a Jerusalén, se desharía primero de los sumos sacerdotes, purificaría después el templo y las instituciones religiosas para dar inicio al reino de Israel. Israel derrotaría al imperio romano y dominaría sobre todos los otros pueblos. Este era el Mesías del que hablaban como hijo de David. ¿Por qué el hijo de David?. En el mundo hebreo, “hijo” es una expresión que indica “aquél que se asemeja a...”. El hijo de David, pues, habría sido como David. David fue el primer y único rey de Israel que consiguió reunir a las doce tribus y dio así inicio al reino de Israel con una extensión tan grande como nunca volvió a tener. Cuando le sucede Salomón en el trono, encontrará ya un reino mucho más pequeño. Se esperaba que el Mesías liberador fuera como David, pero en realidad David había sido también un rey sanguinario, uno que no dejaba con vida a nadie: ni ancianos, ni mujeres, ni niños. Cuando se propone construir el templo al Señor, éste le manda un profeta para decirle: “No, tus manos están demasiado manchadas de sangre”. De todos modos, la gente espera que venga un rey como David. Entonces, cuando Jesús entra en Jerusalén lo aclaman con el grito de : “Hosanna, hosanna...”. “Hosanna” es una expresión de la lengua hebrea, tomada de un salmo, que significa: “¡sálvanos!”. Pero en cuanto se dan cuenta de que Jesús no es el hijo de David, ya no saben que hacer con él.

Jesús no es el hijo de David, pero en la confesión de Pedro —cuando Jesús le pregunta, “¿quién dice la gente que soy yo?” - éste diré: “Tu eres el Mesías, el hijo del Dios viviente” (Mt 16,16). Jesús no ha venido a desposeer a nadie de la vida, sino a darla en abundancia. Inaugurara el reino, pero (he aquí la causa de la crisis) no se trata del reino de Israel, el dominio de una nación sobre otros pueblos, sino el reino de Dios, el servicio a favor de todos los otros pueblos partiendo de Jerusalén. Era un reto bien arduo.

En los Hechos de los Apóstoles, el evangelista Lucas escribe que, una vez resucitado Jesús, durante cuarenta días, alecciona intensamente a sus discípulos sobre un único tema: el reino de Dios. Durante cuarenta días les habla solo del reino de Dios. Pues bien, al final se pone en pie un discípulo y dice: “Si, pero ¿y el reino de Israel qué?”. Os podéis hacer una idea de la dificultad enorme que entrañaba acoger esta nueva mentalidad del reino de Dios. Este es el problema que Jesús hubo de afrontar con los suyos y con relación a la gente en general. Ellos seguían a un Mesías equivocado. Recordad el episodio en que Jesús, cerca ya de Jerusalén, pregunta a sus discípulos por tercera vez: “¿Habéis comprendido?. En Jerusalén tendré que sufrir mucho, tendré que confrontarme con los sumos sacerdotes, acabarán conmigo”. Pero ellos no comprenden. Apenas termina de hablar, se le acercan dos, los más fanáticos, los más ambiciosos: “Señor, te lo encomiendo, por favor. En Jerusalén, para mi y para mi hermano los puestos más importantes, uno a tu derecha y otro a tu izquierda”. Ellos escuchan, pero no ven. De ahí que, inmediatamente después de este episodio, el evangelista introduce a dos ciegos, que representan a estos dos discípulos, Santiago y Juan, que se dirigen a Jesús y ¿cómo lo llaman?, ¿recordáis?: “Ten piedad de nosotros, hijo de David”. Son ciegos y sordos. Jesús por tercera vez ha dicho: “Voy a entregar mi vida, voy a ser asesinado”. Ellos son sordos y ciegos, cegados por la ideología.

Volviendo al comienzo de la pregunta, el evangelista dirige una advertencia a la comunidad cristiana, a fin de que la misma, como comunidad dinámica, animada por el Espíritu, no se transforme en comunidad rígida gobernada por leyes. Jesús ha venido a

crear una comunidad, o sea, un conjunto de personas iguales, dinámica, en movimiento, animada por el mismo Espíritu. Tener el mismo Espíritu hace que las personas estén unidas. El riesgo, la tentación es que esta comunidad se transforme en una institución que, en vez de ser flexible y dinámica, se convierta en algo rígido, y que en vez de estar animada por el Espíritu, quede gobernada por las leyes. Esta es la advertencia.

Cuando la riqueza se convierte en ideología (como sucede en el neoliberalismo), el sistema coloca en el centro de todo la especulación bursátil y el beneficio económico, condenando a millones de individuos a morir de hambre. ¿Qué piensa al respecto?

Si, un economista podría desde luego responder mejor, pero en el evangelio está muy claro. En el evangelio, la persona que frustra el designio de Dios sobre la humanidad recibe un nombre aramaico, que a nosotros no nos dice nada: “mammona”. Que quiere decir “mammona”? En la lengua aramaica, como en el hebreo, se escribían las consonantes, pero no las vocales. Las consonantes de “mammona” son la “m” y la “n”, las mismas, pues, que contiene una palabra que repetimos con frecuencia: “amen”. La palabra amen significa “es cierto, es seguro, hay que creerlo”. Ahora bien, “mammona” significa “aquello que confiere certeza, seguridad” a las personas. ¿Qué es lo que da certeza a las personas?: la cuenta bancaria, la seguridad de los bienes. Entonces Jesús dice: “Escoged. O escogéis colaborar con Dios y por tanto poneis vuestros bienes a disposición de los otros, o bien escogéis servir a mammona; pero cuidado, que mammona os destruye, os quita la libertad y os esclaviza”. Hoy en vez de hablar de mammona, que es una realidad muy lejana a nosotros, podemos traducir esa raíz con el nombre “mercado” en mayúsculas: “No podéis servir a Dios y a las reglas del Mercado”. Debes hacer una elección. Si optas por Dios, desde luego no te enriquecerás, no subirás muchos peldaños en la escala social, pero si un camino te lleva a la destrucción completa, al aniquilamiento y al fracaso de tu existencia, el otro te conduce a tu realización.

Hoy en la liturgia eucarística hemos contemplado el relato evangélico tan hermoso de Lucas sobre el pobre Lázaro y el rico (Lc 16,19-31). Hay una descripción, estupenda desde el punto de vista de la psicología, que Jesús hace del rico. Jesús no lo acusa porque se haya comportado mal respecto al pobre: nunca le ha tratado con agresividad. Simplemente lo ha ignorado, ni siquiera se ha percatado de su existencia. En la descripción del rico no se dice que fuese malvado, solo se dice que “había un hombre rico que vestía de púrpura y de lino”. Podríamos traducir hoy que vestía prendas de marca desde la cabeza hasta los pies. Esta descripción psicológica es interesante. ¿Qué quiere decir el evangelista?. Cuanto más pobre es una persona por dentro, más necesidad tiene de cubrir esa pobreza vistiendo con un derroche de lujo excesivo. No es señal de opulencia, sino de profunda miseria. Más pobre eres por dentro, más necesitas manifestarte hacia afuera. Y al contrario, cuanto más rico por dentro, más simple será externamente. La púrpura y el lino eran la máscara con la que el rico cubría una terrible pobreza interior. Y el evangelista añade: “todos los días celebraba espléndidos banquetes”. Pero lo cierto es que no es posible vivir a base de banquetes diarios, ningún estómago lo resiste. Nos encontramos aquí ante el hambre, el hambre interior que pensaba satisfacer a base de engullir alimentos que no sacian. El rico, y no precisamente Lázaro, es el verdadero pobre de la parábola.

En la primera conferencia nos ha explicado el bautismo de Jesús. Decía usted que bautizarse significa abandonar la vida pasada y resurgir a una vida nueva. ¿Cuál sería entonces el significado del bautismo de los niños recién nacidos, una vez que hemos dejado de lado la doctrina del pecado original de nuestros primeros padres?. Y por otra parte, me gustaría saber qué significado tiene la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y sobre María después de la resurrección.

A la pregunta sobre el bautismo de los neonatos respondo usando una paradoja. El crío podría incluso no estar presente en el momento del bautismo, y no pasaría nada, porque sobre él no sucede nada de particular en el bautismo. El bautismo, realidad importante y tremenda en su significado, es el momento en que la comunidad, representada por los padres, padrinos, participantes en general, se compromete solemnemente ante Dios a cambiar su propia existencia para permitirle al crío vivir en un espacio no intoxicado, respirar un aire sano. No hay en el alma del niño un pecado que deba ser borrado. Hay más bien pecados que nosotros debemos borrar de nuestra existencia, actitudes equivocadas que inciden negativamente e intoxican el aire. Ante esta criatura recién nacida sentimos una responsabilidad enorme. Si a ella se le da la ocasión de crecer en un ambiente de generosidad y de altruismo, podrá desarrollar todas sus capacidades. El bautismo es el momento en que la comunidad entera se compromete a desarrollar todas las capacidades del niño transmitiéndole energía vital y amor. Si el niño vive en el seno de una familia miope, tacaña, mezquina y centrada solo en el horizonte del propio bienestar egoísta, no crecerá. El bautismo es uno de los sacramentos más importantes. En el matrimonio, el sacerdote no es en la práctica más que una especie de notario. El bautismo, en cambio, implica a todos sin excepción, porque todos somos responsables del crecimiento del individuo.

La venida del Espíritu santo sobre los apóstoles y sobre María en Pentecostés, tal como la describe Lucas, la encontramos solo en los Hechos de los Apóstoles, porque en el evangelio de Juan ésta tiene lugar en el mismo momento de la muerte de Jesús, cuando infunde su Espíritu, y luego en el momento de la resurrección. La fiesta de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua, era y es todavía hoy en el mundo hebreo la fiesta de la entrega del don de la ley. El evangelista sustituye este día con la venida del Espíritu Santo. Lo que regula las relaciones entre los hombres y Dios no es ya la ley, sino su Espíritu. No somos gobernados por Dios a través de sus leyes, sino animados con la comunicación de su Espíritu.

Nos ha dicho de modo muy incisivo que Jesús ha venido para liberarnos de la esclavitud de la ley y que nos ha donado este amor de Dios incondicionado. Ha dicho que este amor es concedido no en función de los méritos, sino por las necesidades. Ahora bien, me pregunto cómo es posible que un Dios no bueno, sino exclusivamente bueno pueda aceptar que un hijo yerre y se vea obligado a condenarlo. Jesús nos habla de la Gehenna, del rechinar de dientes... Por tanto, ¿existe el infierno?. Un Dios que es amor, ¿cómo puede permitirlo?

El texto de los evangelios es griego; contamos luego con las distintas traducciones, no siempre exactas, no siempre perfectas. En la revisión que la Conferencia Episcopal (Italiana) ha hecho del texto del Nuevo Testamento, la palabra “infierno” ha desaparecido finalmente, salvo en un texto, cosa que no acabo de comprender. El término “infierno” no existe en los evangelios. En su lugar hay un término hebreo, que fue luego traducido en griego, de ahí al latín, y luego a las lenguas vernáculas, todas con el mismo significado. En hebreo, el término es “she’ol”, de una raíz que significa “aquel que se los traga a todos”, y se refiere al reino de los muertos. En aquella época se creía que todos, buenos y malos, una vez terminada la existencia terrena, iban a acabar en la cueva subterránea que se conocía como reino de los muertos. Cuando la Biblia, el Antiguo Testamento, fue traducida al griego un siglo antes de Jesús, se buscó un término equivalente en lengua griega. Entre las divinidades de la época se tomó entonces el dios Hades, el dios del reino de los muertos. En Grecia la tierra había sido repartida: Neptuno tenía las aguas, Zeus tenía los cielos, Hades era el dios del reino de los muertos. En el texto griego se habla de Hades y se traduce exactamente “reino de los muertos”, “estancia de los muertos”, “sala mortuaria”. Cuando desde el griego se tradujo en latín, se usó adecuadamente el término “Inferis”, que significa la divinidad



del reino de los muertos. La confusión surgió cuando se confundió “inferis” con “infierno”. Recordad cuando en el Credo se decía que Jesús, resucitado de entre los muertos, había bajado a los infiernos, y nos preguntábamos, “¿qué habrá ido a hacer en el infierno?”. Jesús no bajó al infierno para nada. Jesús va, pero vivo, al reino de los muertos para ir a comunicar la vida también a todos aquellos que habían muerto antes que él.

Respecto a la pregunta sobre la condena, es necesario aclarar que de parte de Jesús no existe absolutamente ninguna condena. Dios no juzga y no condena. Es el hombre quien se puede juzgar y condenar con sus propias opciones. Tomemos del evangelio de Mateo la hermosa parábola del rebaño que es dividido por el pastor, poniendo ovejas y cabras en distintos lados (Mt 25,31-46). A aquellos que han respondido a la necesidad de amor de los hermanos, el Señor les dice: “Venid, benditos del Padre mio”. Aun cuando uno no haya conocido nunca a Dios, aunque no haya rezado nunca, pero si ha intentado responder a las necesidades vitales más elementales de los otros (“tenía hambre, era extranjero, extracomunitario y me has acogido...”), el Señor lo acoge. Y dice: “Venid, benditos del Padre mio”. A aquellos que han dado con la puerta en las narices a los extranjeros, que se han desentendido de los hambrientos, que no han apagado la sed del sediento, Jesús dice: “Alejaos, malditos”, pero no está escrito “del Padre mio”. No han sido maldecidos por Dios, se han maldecido ellos mismos. De parte del Padre hay solo amor y bendición.

Nosotros contamos con una energía vital que crece en la medida que es capaz de transformarse en don de amor para los otros. El rechazo a toda forma de amor sofoca esta energía vital, con la consecuencia que en el momento de la muerte se sufre una segunda muerte (esta es una expresión poco familiar, de la que habla el Nuevo Testamento): “Dichosos aquellos sobre los que no tiene poder la segunda muerte” (Ap 20,6). Pero, ¿cuántas veces se muere?. Hay una muerte hacia la que todos nos encaminamos, la muerte física. El cuerpo tiene un inicio, un crecimiento y después un declinar ineludible. Esta es la primera muerte. Pero si la persona ya desde esta existencia tiene una cualidad de vida –eterna- que semeja a la de Dios, no se apercibe de la muerte y continua en Dios su existir. Existe un riesgo, sin embargo. Cuando llegue la muerte física puede ser que no halle nada, puede ser que encuentre una persona muerta ya previamente. Son las personas que ya en esta vida son cadáveres vivientes debido a las opciones negativas que han hecho. Cuando llega la muerte física, coincide con la muerte de la persona. Cuando Jesús conmina: “si no cambiáis de vida, tened cuidado que acabaréis en la Gehenna”, se refiere precisamente a esto. La Gehenna es el basurero de Jerusalén. O sea, como muere un ratón, así moriréis también vosotros. Y uno se pregunta, ¿vale la pena destruir así tan impunemente la propia existencia?. “Si no cambiáis de vida, estad atentos, porque puede ser que con la muerte acabe todo”. He aquí la razón por la cual o se resucita en esta existencia, o no se resucita nunca más. Los primeros cristianos estaban tan convencidos de esta verdad que decían de sí mismos: “Nosotros, que ya estamos resucitados”, o sea, nosotros que poseemos una cualidad de vida tal que es ya la vida eterna, la vida divina.

Usted ha contrapuesto las personas que se preocupan y se ocupan concretamente del prójimo con aquellos que se acuerdan del mismo solo en las oraciones. Me pregunto cuál es el papel de las religiosas de clausura en todo esto.

Bien, habría que ver si las religiosas de clausura se ocupan solo de la oración. Una vida egocéntrica, egoísta, que tiende solo a la propia santificación es una vida completamente inútil y desaprovechada. Si esta forma de vida consagrada pretende crear –como se hace actualmente en muchos monasterios- espacios de acogida, espacios de oración, donde todas las personas puedan ir para regenerarse espiritualmente, si estos lugares se convierten en centros de fuerte e intensa vida espiritual, está claro que

adquieran un significado. En la vida vale solo lo que se hace para los demás, aunque las formas de esta vida para los otros pueden ser muy variopintas, cada cual según la propia llamada. Por tanto, un monasterio de clausura tiene validez en la medida que se abre y acoge a las personas. Así pues, no aislamiento de la sociedad pecadora, sino inserción en su interior y acogida de la misma. Hay una página muy hermosa en los escritos de San Juan Crisostomo, uno de los grandes padres de la Iglesia. Había subido a un monte y se había recluso en una cueva. Vivía de oración y era santo, pero en la ciudad la gente se estaban acuchillando unos a otros. Entonces un día el Señor le dice: “Mira Juanito, tu aquí arriba sin duda que te harás santo, o mejor dicho, muy santo, pero ¿te has dado cuenta que tus hermanos se están destrozando mutuamente? ¿No sería mejor que te hagas un poco menos santo y vayas a poner paz en la ciudad?”. Entonces Juan Crisostomo deja la cueva, deja el monte, baja a la ciudad e intenta poner paz; más tarde será elegido obispo de la misma. Lo importante es que la orientación vital sea siempre a favor del bien de los otros. Sería trágico vivir una vida egoísta donde cada uno piensa solo en la propia santificación, en la propia perfección espiritual; ¡sería verdaderamente el naufragio de la vida!

Usted ha hablado de los fariseos y de los herodianos, que se odiaban entre sí, pero que estaban dispuestos a aliarse contra Cristo, es decir, la alianza entre política y religión. Hoy también existen fariseos y herodianos aliados. Esta noche pasada Bush ha comenzado a bombardear Iraq y dice de sí mismo que es una persona resucitada en Cristo. Usa, además, términos como cruzada, guerra santa. El Papa ha intervenido para intentar frenar esta escalada de violencia. Hemos vivido en pasado guerras de religión y me parece que vamos hacia atrás inevitablemente. El ministro de justicia americano ha dicho que el Islam es una religión en la que Dios manda a sus hijos para morir por él, mientras que el cristianismo es una fe en la que Dios manda a su Hijo a morir por nosotros. Todo esto lo dice para legitimar la guerra, obviamente. Pero a mí no me parece que Dios haya mandado a Cristo para morir por nosotros, más bien lo ha mandado para traer la buena noticia, para decirnos hasta qué punto la ley podía estar contra el hombre. Me parece haber comprendido que a Jesús le interesaba sobre todo no tanto el pecado, sino liberar al hombre de la opresión de la ley. ¿Sabría decirme en qué consiste la redención?

Jesús murió no por voluntad del Padre, sino por conveniencia del Sumo Sacerdote, Caifás. Cuando éste reúne al sinedrion dice: “Conviene que este hombre muera” (Jn 18,14). Es, por tanto, la conveniencia del Sumo Sacerdote y del Sinedrion lo que desencadena la muerte de Jesús. Él era muy peligroso. ¿Recordáis?. “Daré mi vida en rescate...”. Rescatar es lo mismo que redimir. Decir que el Señor era el redentor de su pueblo en el Antiguo Testamento significaba que era el liberador de la esclavitud de Egipto. Jesús es el redentor porque nos ha liberado o rescatado de la esclavitud de la ley. Él no murió por voluntad del Padre, sino porque le convenía al Sumo Sacerdote, y porque la liberación que Jesús traía consigo le privaba de todo su poder, de su prestigio y del dominio sobre las personas.

A propósito del “tener a Dios” de nuestra parte, el momento que estamos viviendo es bastante delicado y trágico. La historia enseña que las personas, las naciones y los pueblos más peligrosos son precisamente aquellos que están convencidos de tener a Dios de su parte. Las personas más peligrosas son aquellas que consideran estar inspiradas por Dios, porque si uno piensa estar inspirado, deja inmediatamente de razonar. Por eso, decir que Dios está con nosotros, que nos bendice, es cuanto menos sospechoso, y hay que mirarlo con recelo. Recordemos que en el cinturón de los nazis estaba escrito: Dios está con nosotros, y hay otros muchos ejemplos elocuentes en la historia. Atentos, hay que tener cuidado ante una persona convencida de tener a Dios de su parte. Atentos ante una nación que piense tener que desempeñar una tarea universal.

Las consecuencias suelen ser devastadoras. Estas no son expresiones de fe, son auténticas blasfemias.